
Isis Tejeira
Sin fecha fija



*CORO: Una generación no libera
a la siguiente; un dios se encarniza
con ella sin darle reposo.*

* * *

*CREONTE: Ya que tienes que
amar, baja, pues, al fondo de la
tierra a amar a los que ya están allí.*

ANTÍGONA, de Sófocles.



¡Vea la vaina! ¡Pasó lo que tanto temía! ¿Por qué no me fui por la escalera?, ¡he quedado atrapada! ¡Contra!, ¡qué país éste en que siempre se va la luz!, y no sé ni dónde está el timbre de alarma. ¡Qué oscuro está esto! Debí haberme fijado dónde estaba el timbre, me enseñaron a ser tan precavida, tan todo en su sitio, tan ordenada... y ahora... Aquí está, este botón debe ser. ¡Esto sí que es oscuro! Nada, está dañado. ¿Qué tiene que ver el timbre con que la luz se vaya?, no, no puede ser. Presiona, una y otra vez, presiona, presiona, todos los botones, uno, dos, tres, no hay más. Total, eran tan pocos los pisos que tenía que bajar, mejor es la escalera, y más en este país donde se va la luz. ¡Dios!, no suena, y son las cinco de la tarde, y de viernes cultural. Todo está cerrado ya, ojalá y quede algún portero. Grita, golpea la puerta, duro, más duro. Hubiera dejado este trabajo para el lunes. Siempre con la manía de estar al día, de no atrasarme nunca... No, no, esto tiene que abrir, hace un calor infernal aquí dentro. Esto está tan oscuro y tan pequeño, parece una trampa ¡Dios, no hay quien me oiga! Grita, grita más, desesperadamente, comienza a llorar. Hacía tanto tiempo que no lloraba. Ya no grita, aúlla, golpea la puerta, se lastima las manos, nadie pasa afuera, nadie oye, y esa oscuridad, esa oscuridad tan enorme, como el cuarto en que dormía cuando era niña y le tenía tanto miedo a los ruidos. Grita nuevamente, aúlla, brama, gruñe. Esto es algo así como estar muerta, conscientemente muerta, el día de mi muerte. Cerraron la caja, y soy la que está allí, a lo largo, a lo ancho, a esto le llaman pelar el bollo, y ¡tan buena que era!, sí, porque no

hay muerto malo. No quiero, no quiero sentarme en este sarcófago donde se consume la carne. Un sarcófago de metal, tan duro como la piedra, como los sarcófagos de tu pueblo. Ataúd, nicho, tumba, sepulcro, catafalco, pudridero... y el tamaño de las cajas funerarias, seis, siete pies, ocho, cuánto, según el tamaño, y se dan en todos los tamaños, en todas las categorías: de metal, para que demore más la desintegración, para que no entre la humedad de la lluvia, para que el muerto sea aún más extraño a su propia tierra; de madera, las hay de diferentes clases, de caoba, más consistentes —nunca como el metal— de cedro, de pino —las más débiles— con esas sí que al poco tiempo se reconoce la lluvia y se sabe que se ha sido acogido por la madre tierra. Araña la puerta, golpea con los puños, salvajemente... ¡Sálvenme, por Dios, sálvenme!

Algo húmedo y salado llega a tus labios. No debes llorar, decía la tía, eso es de gente mal educada, y ni tan siquiera lo hiciste ante la muerte de un ser querido, por falta de conciencia, por estar recién nacida porque los seres queridos se me fueron antes que yo fuera, y mi madre fue demasiado extraña para mí.

Un día me llevaron al pequeño cementerio en la salida del pueblo, cerca de la ermita; con aquel corotú de raíces tan grandes que cubría la entrada con la sombra de sus ramas, y hacía tanto calor, como ahora, en aquel cementerio del pueblo adonde te llevaba tu tía a ver a tu madre muerta ya, y allí está, te dijeron ya lo sabes, demasiado extraña, demasiado ocupada con sus muertos, sin oír tu voz. Tengo miedo... mucho miedo y mis muertos fueron todos a ese condominio en el pueblo de San Blando que no tiene cuándo, allí en donde han ido enterrando a mis muertos y los iban sacando, en ese pueblo de nunca jamás, donde se han dado todas las historias. Tengo miedo, Dios mío, y todavía me piden que sonría, SMILE, en la oficina, en la calle *Domplín* y hasta el autoblús amarillo dice SONRÍE, Dios te ama. Golpea con fuerza, da un alarido chillido, alarido lamento, alarido vociferación, como ese antepasado tuyo que no conociste, y que dicen que cuando lo fueron a sacar del condominio estaba entero,

enterecito, con una expresión de terror en la cara, pero estaba entero, como el padre Guembe, al que le achacaron tantos milagros, y hubo enormes peregrinaciones, porque con sólo tocar su cuerpo curaba las enfermedades; pero acá, en tu casa, en tu ilustre familia no se dijo nada de ese antepasado tuyo que encontraron entero, enterecito; porque a mi familia no le gustan los escándalos. Aúlla, llora, muge y nada. Sólo el silencio. Es viernes por la tarde, estoy cansada y ronca y ya no puedo más.

Y si me quedo aquí tranquila, ya lo dijo alguien, que se llora tres minutos, luego se moquea y se resigna uno. Suerte que tengo cigarrillos aquí, en mi elegante cartera de cuero, cigarrillos con poca nicotina, a ver, ¿dónde estará el encendedor?, es que tengo tantas cosas aquí, sí, aquí están, guardaditas, en su bolsa especial para ellas, mis barajas con sus pares y sus nones, siempre igual, aquí en mi cartera de cuero fino, y el encendedor, aquí está, desechable, porque siempre lo pierdes todo, tranquila, tranquila. ...Prende el cigarrillo y el pequeño ascensor sin aire se ilumina tenue, muy tenue. ¿Qué me dirán mis barajas, aquí en la oscuridad, a ver, con el encendedor puedo ver... ¡vaya!... ¡el diablo! ...¡Quiero irme de aquí, quiero salir, Dios mío!, quiero salir, todo está en silencio, todo está apagado, la luz se ha ido. Lloro lento, más lento, lentísimo. Hay que aceptar el hecho. Tranquila, nada te va a pasar, yo cuidaré de ti, no te haré daño, esto está muy oscuro, lo sé, pero no tengas miedo, tranquila, aún tienes muchas horas para respirar, aquí, sentada, relajada, así dolerá menos, tranquila, tranquila, respira, todavía hay aire, tranquila, que hay aire.

Sí, hay que tener sangre fría. Casi me ahogo. Al menos ahora, ya puedo respirar. A ver, más hondo, muy hondo, tranquila, ¿cuánto tiempo habrá pasado?, una hora..., dos..., y ¿si es para toda la vida? Aceptado. Total, todo se acepta para toda la vida, mi amor como tienes que vivir a su lado para toda la vida, como te dicen tus barajas que siempre traes contigo, en su bolsita de seda negra, como lo estuviste en el pueblo de San Blando que no tiene cuándo, donde también hacía un calor infernal como éste que siento aquí. Tenías cinco años, cuatro..., eras una niña pequeña, flaquita, feíta, y tía, esa tía solterona que te crió, te llevó a la escuela de aquellas monjitas: porque son las que mejor te pueden educar, porque eres una niña muy mala. Voy a morirme aquí, atrapada en este infierno, y me ha salido la baraja del diablo, por tu casa, la muerte, boca arriba, boca abajo, por ti murió tu madre, murió de parto, parto, parto, y pobre tú, le decían las vecinas a tu tía solterona beata, tener que hacerte cargo de esta responsabilidad, y tú, con tus ojos muy abiertos, por tu suerte y por tu porvenir, enterándote de que tu vida le costó la muerte a tu madre, sí, siempre la baraja de la muerte, pares, nones, y por tu pasado remoto estaba el diablo, igual que ahora, y por tu porvenir, un largo, larguísimo y silencioso camino de tierra, pesado, triste, seco, y la catástrofe. Y las monjitas, que bueno que estén aquí, y enseñen inglés, francés, costura y buenas costumbres, en San Blando que no tiene cuándo, donde estaba tu casa, en aquella calle larga, larga, la casa más antigua del pueblo, allí en la calle central con sus veraneras moradas, blancas, rojas, todos los colores, y

aquellos guayacanes que se encendían todos los veranos en la llanura de ese pueblo donde se han dado todas las historias, donde tu casa era la más solariega de todas, con un gran portalón y su puerta majestuosa, y una sala reservada sólo para las grandes ocasiones, con butacas de cuero, y la gran galería que rodea la parte de atrás donde van a dar las puertas cerradas de todos los cuartos. La casa de tu respetable familia de San Blando con un gran patio en el centro lleno de árboles, y los de mango tenían frutas casi todo el año, y allí acostumbrabas jugar sola, porque no debes tener relación con los vecinos, ya que no son tus iguales, y en esa galería casi sin luz, te sentabas a mirar, más allá, las casas de madera, distintas a la tuya, apretadas, una encima de otra, muy apretadas, camino del río, y esos veranos largos y secos, cuando los muchachos se iban al río y tú no ibas; —¡no vas a bañarte medio desnuda!—, y no usarás pantalones para que los hombres no se den cuenta del grueso de tus muslos, y todos los muchachos que no eran tus iguales iban a la llanura, a lanzar cometas al aire del verano, y tú tampoco ibas a aquella llanura encendida todos los veranos por los guayacanes, y allí cerca estaba la casa de la bruja, toda vieja, carcomida, rodeada por una zanja enorme con unos hierros muy feos que no sabemos cuándo se los llevarán de ese pueblo de nunca jamás. Pero ese mes en que fui a la escuela por primera vez, iba casi a rastras de la mano de la tía tía que es como tu madre, ¡si no hubiera sido por ella...!, camino de la escuela, toda sudada, como ahora, con las gotas de sudor resbalándome una a una por la frente, ¡oh Dios!, me ahogo, y el campo había empezado a reverdecer con las primeras lluvias, y allí estarás muy bien. Me la trata con firmeza, madre, ya sabe, con todas las reglas religiosas, muy estricta, hay que dominar sus malas tendencias, porque lo que se hereda no se hurta, claro, y estoy muy agradecida de usted que haya hecho una excepción y la haya aceptado aquí, en su escuela, y tú que apenas alcanzas unos palmos de la tierra miras a esa mujer enorme, alta, gorda, mofletuda, sudorosa, las gotas de sudor cayéndole, a ella también, resbalándole por los

cachetes, por la comisura de los labios, cayendo sobre la toga blanca, sudándola, sacándose un pañuelo de la manga, todo sudado, limpiando sus gruesos anteojos con el pañuelo sucio, porque aquí sí que se ensucia todo. Las dulces, bondadosas y cultas, sobre todo cultísimas monjitas llegadas de muy lejos, en donde me dijeron, años más tarde, no se ven estas inmoralidades.

Y yo, flaquita, feíta, sentándome en la primera fila, con mi maletita y los cuadernos que ordenaron comprar, todos con mi nombre, para hacer palotes, grandes palotes que me atormentaban, porque tenía que hacerlos con la mano derecha y yo era zurda. Y estoy allí, en primera fila con cincuenta compañeros más.

—Esto de que haya niños y niñas, madre, no me gusta, pero la educación religiosa es tan necesaria.

—Pero no se preocupe, sólo será en el kinder y hay buena vigilancia.

Y ese día sentí mucho miedo, tanto, tanto miedo, sobre todo cuando descubrí al fondo del salón de clase, sobre una puerta, un cartel muy grande con un cielo muy aburrido, muy muy aburrido, y unos diablos con labios muy feos que me miraban, riendo, con mil ojos en las rodillas, en los pómulos, en los brazos, riendo. Por ti el diablo, autocastigo, inclinación al mal.

—Nunca me gustó que esta niña naciera como nació.

Y el diablo allá, muy grande, y muchos diablos rodeando un reloj muy grande y unas letras negrísimas, y la monja alta, gruesa, mofletuda, sudándolo todo, y yo sintiendo aquel hedor ajeno, a sudor de monja, que salpicaba mi cuaderno, y los cuadernos de mis compañeros, y yo mirándola desde la altura de mis cinco años, mirándola sin pestañear apenas, y los diablos mirándome con sus mil ojos en los brazos, en la frente, mirándote como aquí ahora, desde esta oscuridad, desde este calor que no aguanto, mirándome y por tu pasado remoto estaba el diablo...

Debe haber alguien allí afuera... oigo pasos. Llama nuevamente, a lo mejor te escuchan. Grita... aúlla... pateo la puerta... dale... más duro... puede ser que te hayan oído. No, no hay nada más que

el silencio, fueron ideas tuyas. Este silencio pesado abrumador, y este ascensor donde estoy encerrada atrapada por el calor y el miedo.

¡Contra!, en esta cajeta uno no se puede ni sentar y todo está tan sucio. Creo que me desmayo como aquella vez... no, no quiero recordar. Tengo que salir de aquí. Y esta baraja, este diablo que me mira, recuerdas aquel salón de clases grande, fresco, con sus ventanales que daban al jardín, con un césped terso y suave, y las banquitas donde cabían dos niños, muy separados para dejarle espacio al ángel de la guarda que siempre está a tu lado y que tenía una libreta grande, muy grande en donde apuntaba todos tus pecados, y aquel cartel allá en el fondo, sobre la puerta del cuarto oscuro, que te enseñaba el cielo y el infierno y las monjitas que tenían un ayudante negro con una mano mocha, que siempre entraba y salía de ese cuarto que sólo se abría para él o para encerrar a los niños que se portaban mal. Aquel ayudante negro como el que vino en el circo que llegó al pueblo y que un día abrió sus carpas muy cerca de la zanja con sus hierros todos herrumbrosos, que cercaban la casa de la bruja, y aquel negro blacamán con su cabello que parecía un paraguas, igual que el ayudante negro de la escuela, y había que estar muy quietos, quietecitos, porque si no te ibas al cuarto oscuro con blacamán, que tenía una sola mano y un solo ojo, porque el otro era una mancha rojiza. Sí, en la escuela debías estar muy quietecita porque si no te ibas al cuarto oscuro con blacamán, y estarás en este ascensor como en ese cuarto oscuro al que te negabas entrar, pero tú estabas quieta, quietecita en tu banca, porque no querías que te vieran, no fuera que te volvieran a castigar allí. Y aquel canto de aquella tarde, *“Oh Mary conceived without sin, pray for us, pray for us. Oh Mary conceived without sin, pray for us who have recourse to thee”* y las voces monótonas, y la lluvia larga, interminable, que caía y golpeaba las ventanas cerradas, y el calor y las monjitas sudándolo todo, sacando sus pañuelos de sus hábitos, secándose el sudor con sus pañuelos sucios, y un día

estuve allí, en ese cuarto oscuro, horrorizada de las sombras de un trapeador al revés, y el pobre blacamán con su cabello como paraguas llegó mirándome desde su único ojo, y yo aterrada, llorando y él mirándome sonriendo, dándome una pastilla pero yo con mucho miedo, igual que ahora, y cuando nuevamente me quisieron llevar porque no supe la lección, me agarré al dintel de la puerta y la monjita, toda sudada halaba, salpicándolo todo, halaba, y yo me solté y las dos fuimos a dar al suelo. Tumbaste a la monja al suelo, tumbaste a la monja al suelo, mira, tumbó a la monja al suelo, y me llevaron al frente y me colocaron un cartel que decía, I AM STUBBORN por aquello de estar en kinder, y no saber leer y no poder mi tía, la solterona beata, que era como tu madre, hacerte estudiar la lección, pues estaba muy atareada y tenía que ir al rosario de las seis junto conmigo, y estar en casa a las siete en punto de la noche para escuchar CRISTINA, “una mujer frente al mundo”, pobrecita, tan desgraciada; porque durante mayo, todos los días, había que llevarle flores de mayo a la Virgen, y todas las noches del año mientras hacía colchas para los pobres pobres, la tía tía escuchaba las radionovelas. Tu hermana tumbó a la monja, tu hermana tumbó a la monja, y mi hermana me miró con desprecio, mi hermana mayor, de mejor calidad, más bonita, más inteligente, que vivía con papá y su segunda esposa, pero me querían encerrar en el cuarto oscuro por no saber la lección, con una bruja trapeador y un blacamán que me dio pastillas, y tuve tanto, tanto miedo, igual que ahora, sobre todo la vergüenza de aquel *shame shame double shame everybody knows your name* de mis compañeros de clase, una y otra vez. Recuerdas, queridita, saliste en fila —*fingers on the lips*— y fuiste a la casa y todos te vieron y comentaron y la vergüenza atroz, y el diablo diabólico y los ángeles angélicos y quedé condenada al cuarto oscuro, a este ascensor en donde nadie me oye, en donde me condeno para siempre, y ahora a lo mejor alguien viene, y bueno, otro cigarrillo mientras espero, así, tranquila, al menos el encendedor me da algo de luz, y mis barajas..., pero no, mejor no les pregunto nada.

Aquí debería pintarse, está tan sucio, y ese espejo, allí al fondo, roto, descascarillado, sí, es verdad lo que dice mi marido, los sambladeños no saben conservar las cosas limpias. Debo salir de aquí, calma, calma, la desesperación no lleva a ninguna parte, te hace perder aire, ya lo probaste, y el cigarillo también, pero me gusta, me gusta y tengo sueño. Uno, dos, tres, tres Ave Marías, tres Padrenuestros y tres Glorias antes de acostarse y te alejará al demonio de la cama, de allá en tu casa de nunca jamás, tu camita en aquel cuarto grande, con su techo muy alto, casi sin luz, ya que tu tía tía mantenía la casa más antigua del pueblo casi en la penumbra, así como aquí, con la luz tenue que me da el encendedor. Aquel cuarto con su gran ventana por donde entraban todos los ruidos de la noche, y la luz del farol de la calle, y las sombras de aquellos murciélagos que salían en las noches de lluvia, y las mariposas que se adueñan todos los años de San Blando, y el mugir del viento, calma pequeña, calma, que nadie dirá nada, calma, relájate, y yo temblaba de pavor, calma, calma, calma, tranquila, duérmete para que tomes fuerza, tranquila.

El espacio se ha hecho más estrecho. Siente esa sensación de eternidad donde todo se pierde y el abismo de las eternas tinieblas se abre ante ella. Una fila le compra sus desechos por latas, por litros, por botellas, por galones. Y ella va y también compra sus propios desechos a alguien que nunca ha visto, o tal vez ha visto una vez, por litros, por galones, por botellas. Por tu porvenir el as de bastos y el cinco de espadas, la catástrofe. ¡Oh Dios!, esto sí es una pesadilla!, y me he bañado en sudor, y esta oscuridad, si al menos pudiera tener un sueño tranquilo. Pero no, imposible. Recuerdas cuando creíste y te consolaste pensando que la muerte y el sueño eran hermanos, porque uno se muere en cualquier momento y se lo comen los gusanos, y las hormigas, te había dicho el tío siempre borracho. Y la tía tía que era como tu madre te venía a despertar: “El demonio al oído te está diciendo, deja misa y rosario, sigue durmiendo”. Porque debías ir a la misa de cinco de la mañana, y tú querías quedarte pereceando en la cama.

Tú querías seguir en esa laxitud de sueño y duermevela, y creíste que así era la muerte de dulce, poder seguir durmiendo sin que nada te obligue a levantarte, y una noche una mariposa grandota con alas de murciélago golpeó tu ventana una y otra vez, pasaba una y otra vez, y estabas temblando de miedo como una casa vieja de donde se han ido hasta los fantasmas. Y no, no podía ser la muerte, ese demonio al oído te está diciendo, no era, no, el golpe persistente de una mariposa de alas enormes de murciélago, como las del diablo de aquel cartel que tanto te asustó de niña. Y ahora, por qué tengo que soñar que mis desechos cuestan plata y la gente los compra, siempre, siempre el sueño.

Porque una vez tú ibas a morir y no quisiera perder ese día de mi memoria porque era dulce; todo ha sido ilusión, todo sigue igual, no es que la luz se ha ido, es que este ascensor está dañado. Recuerdas, pequeña, el cansancio oscuro de la vida y el camino claro y luminoso de la eternidad, pero tú tenías un porvenir que no era el de la muerte.

¡Dios!, tengo que salir de todas maneras, como sea, y pareciera que no, que no existe la más mínima posibilidad. Una colilla, dos, tres, incontables, y los cigarrillos no me durarán. No, no puedo quedarme aquí, tengo que hacer algo. Tal vez pueda abrir la puerta. Con furia, con terror, pero tengo que salir de aquí, y ya. Así, de pie, con los brazos extendidos en cruz, sobre la puerta, a ver, hay que empujarla hacia los lados, con fuerza, a la una... relájate, respira hondo, muy hondo, se ha movido un poco; a las dos... por ti el cinco de espadas, la enfermedad, la muerte, los filtros contra la soledad; a las tres... a lo mejor puedo abrir la puerta, hacia los lados, con fuerza, ¡Dios!, he hecho una rendija y por ella se filtra un rayo de luz. Respira hondo, muy hondo, ese rayo de luz, tus ojos fijos en ese rayo de luz, de la luz del farol de la calle que inundaba tu cuarto de sombras que te amenazaban, pero he hecho una rendija y tengo que salir de aquí, respira hondo, descansa, para que continúes, ya falta poco, por tu casa el triunfo, mira, el as de oros, con esta baraja no hay nada que temer. Y sí, tú eres

para la vida, te había dicho la bruja que vivía en las afueras del pueblo, mucho antes de la finca de tu tía tía que era como tu madre, donde pasaban los veranos, y allí vivía sin luz, rodeada de gatos, creo que hasta sin agua, porque cómo olía a gatos. Y se ha filtrado un rayo de luz por la mínima, pequeñísima rendija que he hecho en la puerta, un rayo tibio de luz de la tarde, cálido como la ternura de un día, de minutos, la poca mínima ternura de un rayo de luz. Fija la mirada en ese rayo “como un rayito de luna”, pues, “sin un amor la vida no se llama vida”. Y aquel gato negro, a la entrada de la casa de la bruja, como una esfinge, con sus ojos como dos bolas de fuego verde, demoníaco, y en tu pasado remoto, te dijo la bruja, estaba el diablo, pero por tu porvenir, y allí estaba el gato mirándote, mirándote desde la ventana con sus dos bolas de fuego verde mirándote, y para que “la vida se llame vida” tiene que haber un amor, y tú flaquita, feíta, con tu ropa de remonta, ya sin encajes, y unos ojos demasiado grandes y admirados de la luz que se filtraba, que se filtra, cálida como la ternura tuya de un día, de minutos. Y sí, por tu casa el triunfo, el as de oros, y cinco de espadas pasa a ser consuelo, no la muerte; consuelo por las penas de amor. Porque no, tú no eres para la muerte, eres para la vida, por tu porvenir el ermitaño, barbudo, con un farol con un rayo de luz, porque puedes llegar a conocerlo todo, tú que no sabes nada de nada, que todo se lo consultas a las barajas, pares, nones, pares, nones, y estos sueños que siempre te vienen a visitar, y ahora, sueñas que se venden tus heces por litros, por galones, por botellas.

No, no era la muerte mi porvenir, sino ese dormir de duermevela, pero resulta dulce ese llamado de la vida a morir, pues “frente a la muerte sólo morir se cabe”, pero no, es cuando tal vez empezamos a vivir y nos apegamos a la vida de tal forma que eso de “polvo serás mas polvo enamorado”, adquiere dimensión de irrealidad, amor, amada. Sí, una vez ibas a morir, tal vez como ahora, en aquel hospital donde había enfermos devorados por la artritis que deformaba los huesos, la cara, la risa, las dentaduras y el llanto,

sólo el llanto; una eternidad de hospitales y huesos rotos, donde se dan todos los números, las inyecciones, el termómetro, a la hora, para la cama 504, y las camas que morían con todo y número, y las lavativas, y los orinales, y el reloj que siempre marcaba las horas, las mismas horas y donde sólo se permitía llorar.

El ascensor se ha movido, tengo que salir de aquí, se ha movido, ¡oh Dios!, ¡tengo que salir! A ver, muévelo, con fuerza, con más fuerza, brinca sobre él, uno, dos y tres, arriba, abajo, ¡oh no!, esto no es posible, ¡se ha cerrado la rendija!

Sí, amor, es inútil, sólo logras agitarte, y sudarlo todo, y agotarte cada vez más. Fue una esperanza como aquella cuando creíste que ibas a morir y sabes que si la vida sigue todo tiene que cambiar, si es que de esto salgo viva. Todo ha sido un sueño, no ha vuelto la luz, y la rendija se ha cerrado. Ahora es peor que antes. Tú la has cerrado con esa brincadera, todo está como al principio. El rayo de luz se ha ido por la rendija de la casa de las afueras de San Blando, cerca de 11a zanja de los hierros viejos, que de nada servían, aquella casa de la finca de San Blando, que cerraba a las siete de la noche, desde que fuiste poseída por el diablo. Y tu buena familia tan respetable, que llegó en la Santa María con Cristóbal Colón y que no se comportaba así. Eso se deja para la gente cualquiera del pueblo. El rayo de luz se ha ido, la rendija se ha cerrado, ya debe ser de noche.

Ahora me daría un bañito con agua tibia, en mi casa donde todo está en orden, hasta mi marido. ¿Qué pensará mi marido, tan alto, muy alto, muy grande, con sus durables, redondos y enormes zapatos de doble suela, si no llego, como siempre, a las cinco de la tarde? Y sí, una vez ibas a morir, antes de volver a San Blando, donde temiste a la muerte, porque desde tiempo inmemorial estuviste condenada al infierno. Y cuando ibas a morir, un padre llegó a darte los óleos y te dijo —allá en la capital de las luces rojas— que no tenías que confesar tus pecados; pero tú estabas condenada desde tiempo inmemorial.

—¿Estará preparada para hacer la primera comunión? — preguntó la tía tía que era como tu madre, y tú allí, pequeña, feíta, flaquita, escuchándolo todo.

—No sé, pero esta niña no tiene arreglo, vamos a prepararla a ver si asimila, esta niña tiene dificultad en el aprendizaje. No hay manera de que tome el lápiz con la derecha, y hay que escribir con la derecha, porque ¿no sabes, queridita, que la izquierda es la mano del diablo?

Y en aquel verano, con un sol terrible, empezaron las largas clases de religión; quitaron el cartel de la puerta del cuarto oscuro y lo colgaron del tablero, y el cartel tenía el reloj que te impresionó el primer día de clases y ya sabías leer y allí decía ETERNITY.

—Y como va su inglés, madre, creo que las clases de catecismo serán mejor en inglés, así aprenderá el idioma de los que dominan el mundo forever y es mejor que lo conozca, porque sin el inglés no se va a ninguna parte.

Y empezaron aquellas clases interminables, en tardes de lluvia, en tardes de sol, un sol infernal, como el calor que emanaba de aquella figura, como el calor que ahora siento, como las monjitas sudándolo todo, y supe que esa reunión de demonios era el infierno y que allí había un reloj descomunal que decía ETERNIDAD *and you know what eternity is, forever and ever, and ever in hell*, y dale que dale, y dale que le das, una y otra vez, un día sí y el otro también, repetidamente, cíclicamente, y los angelitos que allí se encontraban muy muy aburridos, aunque cuando iba a morir no vi ni a los ángeles ni a los demonios, a pesar de todos los pecados sólo sentí el más grande de los silencios.

Y tuviste miedo de ir a la escuela y vomitabas todas las mañanas, porque cómo, cómo confesar mi pecado, pero si lo ocultaba iría al infierno, y a los siete años, como aquella pobre compañera, que no quiso ponerse la ceniza, porque claro, era hija del diablo, dijeron las monjitas, y los compañeros aterrados,

cocidos por el miedo, porque cómo, cómo se había atrevido a llorar y no recibir esas cenizas de purificación, y tal vez se la llevaría al cuarto oscuro, porque dijo que ella no era bautizada, y aquel pobre hombre, recuerdas, que nunca, nunca había cometido un solo pecado mortal, era un santo y luego cayó en una tentación, y ese mismo día, casi al instante, murió, y como era tan santo lo enterraron al pie del altar y todas las noches el muerto se salía con todo y caja, hasta que le preguntaron qué le pasaba y el hombre resucitó por un instante para contestar que ése no era su lugar, que él había cometido un pecado mortal antes de morir y estaba en el infierno. Y esta niña es muy mala, está delgada, delgadísima y no le hables a fulanita que tiene muchas ojeras, pero eso es que hace cositas malas y las niñas que hacen cositas malas les salen unas ojeras magistrales y las entierran vivas. Y tú, tú preguntándote qué sería eso de cositas malas. Y aquello de Dios benigno y misericordioso pasó casi inadvertido para ti y para todos, porque sólo se nos habló de la culpa, del yerro, del desliz, la tentación, el vicio, la perversión y sólo adquirió la mayor corpulencia la figura del diablo con todos sus nombres: Satán que podía hallarse escondido entre las sábanas, Satanás que podía encontrarse en el baño; Belcebú en las aguas del río, el ángel de la guarda, ser reemplazado por el ángel del mal, y Lucifer, Mefistófeles, Luzbel estaban allí, todos vigilantes, esperando caer sobre nosotros, dispuestos a todo, porque ellos querían almas para el infierno; pero cuando yo iba a morir, sólo sentí la dimensión enorme del silencio.

Ahora sí, y si me orino aquí, ¿dónde me siento? ¡Quedaré encharcada!, menos mal que no me ha dado por hacer la mayor como en el kinder. Bueno, es mejor reírse. ¡Qué calor, Dios mío!, no soporto más, entre este infierno y las ganas de orinar que no aguanto. Bueno, mejor me olvido de esto. Es que estoy helada de calor. A lo mejor has llegado orinándote al averno, como mi tía tía que era casi como tu madre se irá al cielo, porque es tan buena, la desgraciada. Bueno, hay que controlar la vejiga. Puede ser que en poco tiempo llegue la luz, o alguien, o tal vez con un poco de aguante se arregle todo, porque hay que adaptarse para seguir viviendo, como te adaptaste a la idea de que el día de la primera comunión debió ser el más feliz de tu vida, sí, o el más, no sé; también el del matrimonio es el más feliz... Todavía puedo aguantar las ganas un poco más. Me arde la vejiga, aguanto, siento como un cosquilleo que me sube hasta el ombligo, aprieto un poco más, la vejiga expandiéndose, un poco más, sí, cómo me arde la vejiga. Qué no daría por una bacinilla, por una mica, por una cayetana, o como quiera llamarla mi tía, portátil. Si así como hay ceniceros portátiles, hubiera micas. Otro cigarrillo y tranquila, querida. Medio que quita el aire, pero hay cosas que ahogan más que todos los humos de todos los cigarrillos y todos los encierros. Algún día se abrirá esta vaina, si es que vale la pena que se abra. Por lo pronto me quito la blusa, aunque esto de quedar medio desnuda, aunque quién sabe cuántas veces... tres Ave Marías, tres Padrenuestros, tres Credos de penitencia y evitarás que el diablo esté a tu lado cuando te estés

bañando, o bailando, o..., cómo me gustaría leer, o por lo menos un aparato de televisión, para ver las telenovelas, ¡vaya tontería!, con qué luz, si sólo tengo este encendedor que ilumina levemente, pero algo se ve, de algo me sirve, aunque claro, no serviría para prender la tele, pero las hay de toda clase, las hay que funcionan con “pura potencia” para que un día de campo pueda prenderse, y verse, y extasiarse en ella, como lo hace tu marido, y a veces tú, sin saber siquiera por dónde sale el sol, como la tía tía que era una santa no permitía la más mínima interrupción durante *La Mentira*, *El Derecho de Nacer*, porque en mi casa de San Blando que no tiene cuándo, había todas las comodidades, de esto no te puedes quejar, porque a pesar de todo había de todo en aquella casa, aunque a la tía que era como tu madre no le gustaba que tú escucharas la radio, porque te distraería de tus estudios y de los quehaceres de la casa, pero tú la escuchabas a escondidas. ¡Dios!, no sé si podré soportar estas ganas de orinar, este cosquilleo que me sube hasta el ombligo, pero tienes que aguantar, no vayas a encharcarlo todo, sí, a ver, otro cigarrillo, y el encendedor, dónde estará, ¡vaya la mugre!, siempre con tantas cosas en la cartera, ¡cuánto enredo!, vaya, aquí está, no lo guardaré más, nunca encuentras nada en ese basurero, y al menos con él me doy un poco de luz en este catafalco. Bueno, vamos a entretenernos un poco, así, con la luz tan leve, levísima, así me olvido de mí y de mi vejiga. ¡Qué oficiosa es la gente!, ¡cómo pinta las paredes! SI ESTÁS SOLA LLAMA AL 334430, ALLÍ TE HAREMOS EL FAVOR, NEGRALINDA. Vaya, vaya, hacer el favor, ja, no creí que iba a reírme. En un tiempo era perjudicar, como a la mujer de las hijas del pecado, y a mi pobre vecina, virgen y mártir, como *LA ZULIANITA*, *RAFAELA Y SIMPLEMENTE MARÍA* las perjudicaron, les hicieron el favor. SI LOS HOMBRES NO LO PIDEN, LAS MUJERES NO LO DAN. NO ES LO MISMO COGE MELO QUE CÓGEMELO, como tus primos se cogían, y tú no te atreviste a confesar tu horrible pecado. Te horroriza todo esto, como aquel verano, antes

de tu primera comunión, llegaron tus primos de la capital, con la tía tan elegante. Para enseñarte los oficios y ciertas formalidades femeninas te enviaban a arreglar las camas, todas las camas, de todos los cuartos, y esto era una obligación, porque una vez se te hizo tarde para ir a la escuela y se te olvidó colocar los sobrecamas y la tía que era como tu madre, iracunda, regañándote fue a buscarte y delante de todos: uno tiene que cumplir, que primero es el deber, y luego tú, regresando avergonzada y triste, pero más nunca dejé de hacer las camas, y atrás se quedaban tus compañeros burlándose, porque pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, porque ella no tiene mamá, murió cuando nació, y el papá se casó y sólo quiso criar a tu media hermana, tu hermana mayor que tú, más bonita que tú, con una mamá muy buena, pobrecita, que también murió, y recuerdo aquel verano que vinieron mis primos y mis primas, ellas con sus ropitas de encaje, que yo después heredaría, ya sin encajes, y ellos fregándote la paciencia, siempre mandándote, tus primos que estaban de vacaciones, y estaban jugando bajo un palo de mango, en el patio, algo así como al gallo y a la gallina, y me había dicho la criada lo que estaban haciendo, y los perros de la calle también, y ella me dijo que estaban culeando, así de simple, como simple parecía el pueblo de San Blando, y así lo aprendiste tú, pero eso debía tener relación con las cositas malas, porque niña, te dijo la tía tía, no sea tan preguntona, por qué tiene que saberlo todo, y pensaste que sólo las bestias tenían derecho al apareamiento e hiciste una relación entre cosita mala y el apareamiento de los animales y mis primos jugaban, y me dio mucho miedo que jugaran así, porque si eso era la cosita mala podrían salirles las ojeras magistrales, y entonces los enterrarían vivos, pobrecitos, porque por allí sólo se orina, y no debe uno tocarse, nunca, y yo los veía enterrados vivos, y corrí a casa y allí estaban el tío que siempre estaba borracho, y la tía de la capital tan elegante, siempre tan elegante, y la que era como mi madre y llegué gritando, tía tía, mis primos están culeando, con inocencia, culeando, como lo habías oído tantas veces, y el tío

borracho riéndose a carcajadas, soez, sucio, escupiéndolo todo con su risa. ¡Jesús, María!, mira esa palabra, dónde la aprendió; es su mal fondo, rugió la tía beata, enfurecida; y el tío borracho: esta niña se apodera de toda la mierdera que oye, y el dinero, coño, que te cuesta educarla, y las carcajadas deformes de dientes carcomidos y dijo la tía tan elegante, tan elegante de la capital: ella no es buena compañía para los niños, y la tía tía que era como tu madre, indignadísima, desafortadísima, gritando cada vez más y nunca la había visto tan iracunda, y el tío siempre borracho gritando palabras sucias y me sentí mínima e infame, y me castigaron y no pude jugar más con los primos, porque tú decías palabras muy feas, y ellos, por supuesto, tampoco quisieron saber más de ti por soplona, y los cuerearon por sucios e inmorales, y a mí me pegaron hasta el cansancio, y eso que la tía tan buena que te crió no era dada al Martín Moreno que saca lo malo y mete lo bueno, que estaba siempre colgado detrás de la puerta, amenazante, y se acabó ese verano para mí, y tuve que pasarme semanas enteras encerrada en mi cuarto leyendo la vida de San Blando, patrón del pueblo, que había vencido a todos los demonios que se habían posesionado de su cuerpo, y de San Nacienceno, y de Santa Eulalia virgen y mártir, y Santa Mónica que se le abrieron unas cuencas profundas en los ojos de tanto llorar por la conversión de su hijo y de Santa Elena, el ánima sola, y yo en la mayor de las vergüenzas, peor que cuando tumbé a la monja y que cuando me fueron a buscar para que hiciera las camas, porque aún aquí tengo en mis oídos la risa estentórea de mi tío que vivía borracho y de la tía de la capital tan fina, tan distinguida, y mi tía que era como tu madre con eso de la rama torcida no se puede enderezar, y eso que vas a hacer la primera comunión el próximo invierno. ¡Oh, Dios mío!, cómo me arde la vejiga!, pero hay que aguantar, porque después aquí no se podrá estar. Recuerdas el miedo que tenías de entrar al confesionario, allí en la penumbra de la iglesia oscura, con aquellas ventanas estrechas de vidrio de colores por donde apenas se filtraba un rayo de luz de la tarde cargado de polvo que hacía

cabriolas, y tenías que entrar a ese confesionario que se encontraba bajo ese rayo de luz y allí tenías que decir tus pecados, tus pecados inmensos, y ese pecado, ése precisamente, que no sabías cómo decir y cada vez está más delgadita, y casi no quiere comer, por mala, los enormes platos de sopa de fideos con papas. . . Las monjitas nos habían llevado a confesar a todas, en fila, muy ordenaditas, las más altas primero y yo estaba casi al final, todavía faltaban algunas que deberían confesarse antes que yo, todavía me podía salvar, y no entrar allí, en ese confesionario bajo aquel polvillo que caía y caía sobre él, y si lo cubriese ese polvo me salvaría, y yo allí, mirando para todas partes, en aquella iglesia de tres naves, y las bancas reservadas, todas en orden, para las familias más conspicuas del pueblo, donde estaba la tuya. Aquel techo muy alto sostenido con pilastras de madera colocadas sobre unas grandes bases de cemento, y el largo camino que hacía el comején por las paredes de esa iglesia, y el polvillo que hacía mil acrobacias, desde esa ventana de vidrio de colores por donde se filtraba un rayo de sol de la tarde, y yo acercándome, acercándome cada vez más al confesionario, y tuve una esperanza: sí, amor, ve y dile al padre que tienes un pecado que no sabes como decirlo, algo así como la ilusión de que vuelva la luz y que el ascensor se abra; pero nada, el cura insistió en que tienes que decirme, nada que no sabes cómo, y yo sudaba frío como ahora sudo, y creo que comprendí exactamente lo que significaba *forever and ever in hell*, y no, no hallaba la manera de repetir, de decir que yo había dicho esa palabra tan pecaminosa y que había visto a mis primos, y luego él, para ayudarme, me pregunta si era que yo había hecho cositas malas, ¿yo?, y esto te horrorizó, porque no, no era cierto, y luego me podían salir las ojeras magistrales y me enterrarían viva, y me sentí más horrorizada todavía y allí me quedé, atrapada hasta la eternidad, como aquella vez que casi muero, y mucho después de todos estos veranos e inviernos lluviosos y cálidos cuando la culpa y la expiación creció en ti gigantesca y era algo así como ya para qué, y fue entonces cuando el sacerdote me dijo

que no dijera nada, que mis pecados eran perdonados, y para entonces todo había cambiado, y era que en ese instante, como ahora, como en el momento de mi primera confesión, tampoco podía hablar, porque estaba atrapada en el confesionario, como la vecina que nunca salía de su casa, porque ella no fue buena, te dijeron, y no te dejaban hablar ni con ella ni con sus hijas, porque no eran tus iguales, eran hijas del pecado, y así, atrapada, atrapada, sin esperanzas de salir, porque la palabra del reloj de aquel cartel que te asustó el primer día de clase decía ETERNIDAD y esa eternidad significaba *forever and ever in hell*. Vamos, hay que aguantar más, cómo me arde la vejiga, pero hay que aguantar, a ver, un poco más, aguantando cada vez más y más, y NO ES LO MISMO COGE MELO QUE CÓGEMELO, y te horroriza todo esto, si pudieras olvidar, a ver, le preguntaré a mis barajas que gracias a Dios siempre traigo conmigo: saldré, no saldré, pares, nones, nones, pares, el as de copas al revés, cambio de casa, te acuerdas, querida, te acuerdas cuando dejaste San Blando para irte a la ciudad, a casa de la tía tan elegante de la capital. Tu hermana iba a casarse y fue terrible aquello de que su pretendiente se fijara en ti. Tienes que acordarte, porque feíta y todo, eras mala, aun con tu ropa de remonta, ya sin encajes, ¡cómo quisiera salir de aquí!, si pudiera abrir la puerta, pero mejor es que te quedes tranquila, recuerda que te estás orinando y a lo mejor viene alguien, tranquila, tranquila amor, tranquila como la tía beata, que se iría al cielo con todo y telenovelas, leía tranquila la vida de los santos; la Biblia, ni hablar, a ésa no hay ni que tocarla, y aunque ya eras crecida debías irte al “vamos a la cama que hay que descansar, para que mañana podamos madrugar” a la misa de cinco, a hacer las camas, a correr a la escuela, sí, la escuela, la iglesia, la televisión: *sea hermosa con una colección completa de colores frescos*, es la mejor manera de conseguir marido, *piel fina, suave como la seda*, sobre todo a la iglesia, a la penumbra de aquel confesionario donde dijiste tantas veces los mismos pecados, menos aquél, porque tú eras mala, muy mala, y *nadie es igual a mí*, que si habías sido

terca, que si no habías arreglado las camas, que si decías mentiras, que si tenías malos pensamientos, que si escuchabas la tele a escondidas, desde tu cuarto; y el padre, este al menos estaba muy viejo y callaba y me oía y me daba la absolución. Sí, casi casi pensaste que Dios te había perdonado, aunque por las noches eras devorada por las pesadillas, igual que ahora, en que se vendían todos tus desechos por litros, por galones, por botellas, aquellas pesadillas en donde se repetía una y otra vez, hasta el infinito, la escena de aquel verano, y ya no eran sus primos, sino una multitud en un infierno en donde se daba el acoplamiento de personas y animales, una cópula intermitente bajo la luz del farol que lanzaba las sombras de los murciélagos monstruosos que revoloteaban amenazantes sobre ti en medio de aquella llovizna suave que caía y caía en la noche, y tú, desesperada por el sueño, te despertabas gritando y la que era como tu madre regañándote, y te quedabas sola, cocida por el pánico, y al día siguiente ibas a confesarte con aquel sacerdote viejito, que apenas oía y *nadie es igual a mí*, y un día empecé a sangrar. ¡No, no podía ser!, iba a morir. Y yo estaba atrapada. Recuerdas, queridita, el miedo que tuviste y eso que tenías una media hermana mayor que tú, más bonita que tú, mejor vestida que tú, porque a ésta hay que casarla bien, y tú tan triste, tan huraña, tan antipática, claro, de tal palo tal astilla, pero yo no había hecho cositas malas, no, por qué señor, por qué se me castigaba así, por no haber confesado aquello terrible, lo de tus primos, pero es que a la ira de Dios hay que temerle. Sin embargo, todo pasó y quedaste *libre, libre al fin como una paloma*, y te sentiste más tranquila. Fue sólo el susto. No se lo dijiste a nadie porque podían pensar que era castigo del cielo.

Ahora, más que nunca, te metías en la iglesia aunque, ¿cómo lo permitiste?, allí estaba él, el pelirrojo, alto, delgado, con su radio a todo volumen cantando “ese muerto no lo cargo yo, que lo cargue el que lo mató”, y empezó a seguirte hasta la tienda del chino que vendía de todo, hasta aquellas revistas que tu tía te había prohibido leer, porque no enseñan nada bueno, con aquellas

mujeres casi en cueros, encueritas casi, SI SU HOMBRE LA DEJA, CONSÚELESE CON OTRO, sí, era posible que fueran malas aquellas revistas. Las monjas te habían dicho que era pecado leer, y mirar a un hombre, no se diga; bailar, mucho menos. Ellas te habían dicho que cuando se leían libros malos o revistas malas, el demonio se paseaba por las camas. Sí, revistas como ésa, con esa tipa encuerita, encuerecita casi, a la que no se debía imitar, porque entonces los hombres te miran demasiado. Y entonces sí que el diablo se metería en tu cama y te halaría el pie, como aquella niña que mientras dormía, olía a azufre, y alguien vio una sombra, y cuando fueron a revisar debajo del colchón encontraron montones de libros y revistas sucias, viciosas, con hombres y mujeres en cueritos, y desde entonces temiste dormir con un libro cerca de ti, y por mucho calor que hiciera, te cubrías no fuera el diablo a halarte los pies y llegó el momento en que no sabías qué era lo bueno y lo malo, y allí en el anaquel de la tienda estaba aquello de TRIUNFE EN EL SEXO, VEA CÓMO MARTE Y VENUS PUEDEN AYUDARLE, y afuera estaba él, en la esquina, como si nada, con sus ojos azules, mirandote, mirándote, esperando que salieras, pobrecito, con su radio a todo volumen, cantando *cambia el paso que se te rompe el vestido*. Sí, estaba esperándote, definitivamente te salían cachitos, pero qué podía él ver en mí, pero te gustaba, claro que te gustaba, y me angustiaba, y al fin se fue y te sentiste muy triste y te metiste en la iglesia. Estaban formando un coro y tu voz, aunque la tía tía dijo que parecía la voz de un papagayo, le gustó a la directora del coro.

Al día siguiente ibas con la ilusión de encontrarlo y que te volviera a mirar con sus ojos azules, mirándote, mirándote, siempre con su radio a todo volumen, sus canciones, el flaco peligroso de piel pecosa invadida de adolescencia, y no estaba, no estaba con su radio a todo volumen, se había ido con su música a otra parte, SI ESTÁ SOLALLAME AL 334430 ALLÍ TE HACEN EL FAVOR, NEGRA LINDA, y yo iba creciendo en virtud y pureza, y hacía los nueve primeros viernes, y los primeros sábados, y los primeros

martes y los primeros lo que sea, y caminabas las procesiones “purificando tu alma de toda malicia”, y un día volviste a sangrar en el coro de la iglesia, y no estabas preparada para cantar misa, y sentiste que tus compañeras se reían, y tú manchada, no te habías dado cuenta, y ellas riéndose, riéndose y tú sin darte cuenta canta que canta el Ave María, concentrada en tu voz, de que fueras tan fea y tuvieras algo hermoso, y entre todas estaban las hijas del pecado que no se reían, y tú no debías hablarles, tranquila, que no es nada, y en ese entonces también sangraste allá en la capital donde te exiliaron por quererle quitar el novio a tu hermana, mucho más linda que tú, mejor vestida que tú, más fina que tú. El forastero que llegó al pueblo de San Blando que no tiene cuándo, el forastero ingeniero que la cortejó a ella, a tu hermana, y yo sin nada que ver con el asunto, y tú, muy de lejos, te atrevías a mirar al pelirrojo pecoso, y siempre en la iglesia canta que canta, “lo prometí, soy hija de María”, en aquella iglesia del pueblo de San Blando, con su confesionario en la penumbra, al final de la nave lateral, y aquel coro donde se guardaba la losa del Santo Sepulcro y el féretro que tu tía tan buena, había mandado hacer para ella, ya que a todos nos toca y hay que estar preparada para el buen morir, y en donde ustedes se sentaban a cantar, allí en ese coro, donde pensaste que por algún extraño pecado que habías cometido te estabas pudriendo viva, y afuera estaba el pelirrojo con su radio a todo volumen, esperando que salieras para seguirte, pero tu tía tía había dicho que a los hombres había que hacerles “la cruz, animal feroz”, pues ellos eran como *Canfinfa*, que había unos que tenían un saco grande escondido y que te podían llevar allí, aunque el pelirrojo pecoso sólo te miraba, fuiii, fuiooo, tan idiota, ¡ay Dios mío!, me han vuelto las ganas de hacer pis, cómo me arde la vejiga, pero hay que aguantar, hay que saber controlar los instintos.

La hija del pecado que vio que todas se reían de ti se acercó, casi maternal, y estás enferma, te dijo:

—Sí, creo que me voy a morir, pero no he hecho nada malo, te lo juro, no he hecho nada malo.

—No, no es nada malo. —Y era la primera vez que yo le hablaba.

—Pero yo no sé qué tengo —le dije.

Entonces llegó la tía que era como tu madre y te vio conversando con ella, con la hija del pecado.

—Te he dicho que con ellas no debes hablar.

Y con un gran desprecio me llevó a rastras, como el día en que fui a la escuela por primera vez. Y me explicó muy a la ligera lo de cantar misa, lo de *libre, libre al fin como una paloma*, pero que ahora debía tener mucho cuidado, ya que cantaste misa, pero yo tenía mucha curiosidad por saber por qué no podía hablarles a las hijas del pecado y qué era eso de hijas del pecado, y por qué su madre no salía nunca nunca a la calle, y por qué cuando yo iba a la escuela en la mañana la veía mirando el sol, siempre el sol, hasta que un día se puso muy tostada y se fue secando y secando hasta que se fue quedando como una pasita, siempre al sol, silenciosa, y casi todos decían que ella había sido mala, y mi curiosidad crecía con miedo, y no debía olvidar a las monjas que me habían hablado sobre los círculos del cielo y del infierno, y *nadie es igual y nadie es igual a mí*, y cómo van bajando, bajando, y pensé que estar en el primer círculo era menos malo que el segundo y el séptimo infierno, como la tía que era como tu madre llegará al séptimo cielo por la caridad que tuvo en recogerte, ya que tu padre no te quería, y tu madre murió cuando tú naciste y por eso causaste la muerte de tu madre, pobrecita la huerfanita, que la echaremos a la calle a llorar su desventura, y tu padre se casó y se quedó con tu media hermana, mejor que tú, más linda que tú, mejor vestida que tú; pero era preferible no llegar al último círculo del infierno, y era mejor confesarse muchas, muchas veces, y entrar al coro de la iglesia, y cantar misa, y salvarse como se salvaría tu media hermana, y no tú, tan atrevida, que creíste que podías quitarle el novio que un día llegó a San Blando que no tiene cuándo y la cortejaba.

Llegó un ingeniero, ni más ni menos, un ingeniero y ella muy ilusionada con *todo el colorido de las frutas silvestres*, y él que sí sí, que si no. Y aquello fue apoteósico, el día de su debut en sociedad, con su *colección completa de colores frescos, como las frutas silvestres recién cortadas para sus ojos, labios, mejillas y uñas* y él fue su pareja, y salió en los periódicos que la linda y espiritual señorita, hermosa flor de nuestro vergel samblandeano, debutará esta noche en sociedad, con un hermoso vestido de tul de ilusión traído especialmente para ella, por una de las más reputadas “boutiques” de nuestra capital, para que ella se vea radiante en esa noche de encajes y luces. De repente me siento más tranquila, bien puedo esperar a que llegue la luz, todavía puedo aguantar las ganas de orinar, porque uno se acostumbra a todo. Tú tenías 15 años y el pelirrojo pecoso, que te miraba desde sus ojos azules se había ido del pueblo, y allí estaba el pretendiente ingeniero, que a cada rato iba a la casa, aunque mi hermana no vivía allí, sino con papá, y la esposa de papá, y él me miraba y me miraba.

—Y tú, ¿por qué no sales a ninguna parte? —Y yo muda. Un día él llegó y la tía tía se había ido y tú estabas en la gran sala de esa casa solariega, en aquella sala que sólo se abría para las grandes ocasiones, y estabas allí sola, barriendo, trapeando, sacudiendo.

—Y no tienes novio. —Se acercó, te tomó del brazo, sonriendo, con una risa que no te gustó.

—Es que nadie te quiere, tonta, con esos ojos que me ponen...

Y sentí miedo, mucho miedo, y me fui alejando, alejando, y él acercándose, acercándose cada vez más y el pelirrojo pecoso sólo me había mirado y me había silbado fuiii, fuiiiiooo, y se había ido del pueblo hacía tiempo, y ya no lo veías más, y te sentiste muy triste, pero así era mejor, tal vez eso no era nada bueno, tal vez era pecado. Mi vejiga se expande cada vez más, pero debo aguantar... no vaya a encharcarlo todo.

—Es fácil quererte, tonta, no te dejaré abandonada.— Y se acercaba más y más y te arrinconó, y tú ahí, paralizada, con un sentimiento doloroso, pensando la cruz animal feroz, primero fue el hijo de Dios que vos, sí, era preferible llegar al último círculo del abismo del infierno, y era mejor confesarse muchas, muchas veces, y entrar en el coro de la iglesia, y hacer los nueve viernes muchas veces, pues te salvarías, y es mejor que siga con las monjitas que te enseñan inglés, francés y a portarse como una señorita, y que mal que bien te están educando, aunque árbol torcido no se puede enderezar, *esta noche quiero ser quien te hará sentir mujer*, y la televisión de voz en cuello, y ese radio a todo volumen en la calle, y él muy cerca de ti, muy cerca, y tú sin poder gritar, porque sería un escándalo y sentí su boca babosa sobre la mía, mira cómo me tienes, si eres una buena potranca para un jinete como yo, y llegó la tía tía que era como tu madre y ahora sí que no soporto más este calor y estas ganas de orinar, este torrente que me ha salido incontrolable, y he quedado húmeda, con todas las humedades del recuerdo de ti, de mí y de todos los pueblos de San Blando que no tienen cuándo.

—¡Oh!, demonio, así es que no se te puede dejar sola, envidiosa, malvada, te he visto, pervertida, con el novio de tu hermana que habla inglés, francés, tan culta, tan señorita, y tú, tú tan inculta, como todos los samblandehños, *forever and ever in hell*. No, señor, de tal palo tal astilla, no puedo tenerte más aquí, hablaré con tu padre, y usted perdónela, caballero, que está loca, cómo se ha atrevido a tocarlo y allí, en mala parte; puerca, puerquísima, inmoralota, yo la he visto, tocándolo por donde no se debe, sí, está loca.

Pero era preferible no llegar al último círculo del abismo del infierno, y lo supo tu padre, y tu tío siempre borracho, que casi violas al novio de tu hermana, y toda tu respetable familia supo que por poco violas al pretendiente de tu hermana. Era mejor mandarte lejos, a casa de la tía tan elegante de la capital.

No, no soporto más estas tinieblas y esta humedad, ¡cómo deseo la luz! Al menos así, entre cigarrillo y cigarrillo prendo el encendedor y voy iluminando todo tenuemente; al menos veo lo que hay en este cajón donde casi me ahogo. ¡Vaya la mugre!, ahora sí, ¡una cucaracha!, era lo único que me faltaba. ¡Sucia, mugrienta, gigantesca! Parece una mariposa negra y manchada como las que dan el número de la lotería. ¡No, Dios, no puede ser! Ella y yo, lo único vivo, lo único real aquí, Se encuentran en cualquier parte. ¡No, Dios mío!, que no se mueva, en medio de esta humedad, de este calor, allí está la cucaracha voladora mirándome, mirándome. Debería matarla. Me da asco, pero debo matarla, para saber que ya no está aquí, que está muerta, aunque somos lo único vivo: ella y yo, lo único con vida. Sí, voy a matarla, y la sostendré del vidrio del espejo roto. Qué más da, así, con el zapato, ¡vaya!, me encharqué el pie! MAMY, NO ME MENEES TANTO LA CUNA PORQUE ME DESPIERTAS EL NENE. ¡Qué porquería! Prendo un cigarrillo, apago el encendedor y así no leo más estas cochinas y me olvido de la cucaracha. Podrían haber escrito otras cosas, pero, qué va, nada de eso; pero en San Blando que no tiene cuando es igual, queridita, allá donde casi violas al pretendiente de tu hermana, y era mejor mandarte lejos, a casa de la tía tan elegante de la capital que también lo sabría, allá terminarías tus estudios, si es que antes no te perdías para siempre, y lo supo el cura viejo que apenas oía tus pecados, y la tía de la capital que quería hablarte porque era inconcebible tanto descaro, cuando llegaste a la ciudad de las luces rojas, la

ciudad de las calles sucias, y dejó pasar unos días, porque estaba ocupada y no tuvo tiempo de hablar contigo tan triste que te ves, tan alicaída, es el remordimiento de conciencia, mira tú, querer quitarle el novio a tu hermana, tan linda, tan culta, tan señorita, está bien que hagas lo que quieras, porque la tía tan elegante, tan elegante que era tan liberada decía que está bien, que cada cual haga de su vida un tren, (hay una fila grande de personas que está comprando por montones algo tuyo...) y tu haz lo que quieras pero tengo hijos varones y es preferible no correrse ningún riesgo. Sí, ¡cuántas cochinas escriben aquí!, pero todo es igual en todas partes, queridita. En San Blando que no tiene cuándo también, y ahora te vienes a escandalizar con lo que lees en este ascensor, no te acuerdas aquello que te preguntaron de saber cómo se hacen los chichis, y tú ponías una cara tonta y tus compañeras allí mismo en el coro de la iglesia comentaban, y a ella no le cuentas nada, que es tonta, la santita. La verdad, tú nunca habías sentido curiosidad a pesar de todo, a pesar de las hijas del pecado, a pesar de la mirada elocuente de tus compañeras del coro y de aquella que te lo vino a contar, a pesar de las cositas malas, porque tú habías oído hablar de cositas malas y te hubiera gustado saber qué eran, pero no tenías curiosidad, al menos así crees ahora, y tu compañera te hizo pensar que debía ser algo maravilloso por la cara que ponía, y te lo dijo de la manera más real, pero no, no podía ser semejante cochinada, con todo lo que te gustaba el pelirrojo pecoso invadido de adolescencia con la radio a todo volumen, antes de que el ingeniero pretendiente de tu hermana te dijera, mira cómo me tienes, y fue entonces cuando pensaste que era cierto. Aunque cuando te lo dijeron, no, no puede ser, te dijiste. Sí, a pesar de los pesares, a pesar de tu vecina la virgen que metió la pata, ¡pobrecita! sin haber hecho nada, y fue el último gran escándalo de San Blando, antes de que te enviaran a la ciudad donde por ti, por tu casa, por tu suerte y por tu porvenir te esperaban las luces rojas. Y la tía tan elegante, te decía, además, que era bueno que supieras quiénes son tus familiares, tan

respetables, donde las señoritas fueron señoritas, y no se les dejaba salir solas, y ya no eras una niña.

—Nuestra respetable familia que llegó con Cristóbal Colón, allá por 1492, en La Santa María, La Pinta y La Niña, y todas se casaron, pero claro, tú naciste con malas auras, porque es bueno que sepas la verdad, no tuviste suerte, y la cucaracha voladora, negrísima, tan grande como un murciélago se ha movido, revolotea sobre mí, dando vueltas y vueltas sobre mi cabeza y le tengo mucho, mucho asco, ¿por qué no se quedará quieta?, ¡qué asco!, Dios mío, y da vueltas y vueltas, estas cucarachas voladoras de más de tres pulgadas, grandes, grandísimas, sólo salen a pasearse por las noches en los lugares inmundos, y aquí... ¡qué mal me siento!, y la cabeza. ¡Oh, Dios mío!, cálmate, cálmate cómo se me aprieta el estómago, y se me sube a la garganta, como todas las mañanas cuando ibas a la escuela, recuerdas, que todas las mañanas devolvías la papilla, tranquila, no te agites, respira hondo, muy hondo. Sí, querida, y llegaste a la ciudad de las luces rojas donde vivía la tía tan elegante de la capital que vestía a sus hijas con ropita de encajes que tú heredabas, ya sin encajes. La tía tía que era como tu madre le había pedido al chofer de la chiva que te dejara en la puerta de la casa, no te fueras a perder, aunque ya estabas perdida para siempre, y el chivero te miró con burla, al menos así lo pensaste tú, que sin duda ya le habían contado que casi casi violas al novio de tu hermana, y que lo tocaste en mala parte, como vociferó tu tía que quería tu bien, y llegaste sin más ni más hasta la casa de la tía siempre tan elegante de la capital, la casa en un cerro desde donde se veían todas las luces de toda la ciudad, aquella casa tan grande rodeada de árboles y una gran terraza, arreglado todo con un gusto exquisito.

—Tienes hambre, ¿verdad?—te preguntó y te llevó a la cocina, como a la Cenicienta, aunque, claro, allí no había cenizas, una cocina grande y cómoda y le dijo a la empleada que te sirviera algo de comer. Tengo frío, ya se ha quietado la cucaracha voladora, tranquila, tranquila, no, no prendas el encendedor, no la

mires más y estáte quieta, muy quieta para que no te vea. Qué fatiga, ¡Dios mío!, estoy tan cansada, y la cabeza se me ha encendido de asco, todo me da vueltas, sí, tengo mucha, mucha fatiga. Si haces el más ínfimo movimiento caerá sobre ti la cucaracha, y volará sobre tu cabeza, porque es una cucaracha voladora, de ésas que sólo se encuentran en San Blando, el pueblo que no tiene cuándo, y en las calles más sucias de la ciudad de las luces rojas que te esperaron, que te esperan. No, no debo moverme, pero la cabeza ¡cómo me duele...! Estás tan agitada y ella, la cucaracha que no quiere caminar, que sólo quiere volar sobre ti se va a dar cuenta. Sí, debo estarme quieta, muy quieta, muerta, enferma de asco, el miedo y la fatiga, pero tengo frío, mucho frío, como el frío que sentí en esa casa del cerro desde donde se veían todas las luces, y tus primos y primas, los que te condenaron al silencio de aquel verano, recuérdalo, aquel verano en ese pueblo de nunca jamás, y no, ellos no estaban, ya deberían estar muy crecidos, como tú.

—Y ya sabe, acomódele la cama que hay en ese cuarto, ella irá a la escuela, porque querrás seguir estudiando, ¿verdad?

Y te sentaste a la mesa, con tu maletita, con tu ropa de remonta, ya sin encajes, como fuiste a la escuela por primera vez con tus cuadernos y tus lápices, y la criada con uniforme te sonrió.

—Ahora no puedo hablar contigo, pero ya lo haremos mañana.—Y la tía siempre tan elegante, se fue, y sentiste mucho, mucho frío, como ahora, claro, si estoy sin blusa, es mejor que me la ponga, debe haber entrado la noche, debe haber un lugar por donde se filtre un poco el aire. No, no puedo seguir así, con la cabeza que me estalla. Puedes devolver el hígado pero estarías más confortable, aunque esto apestaría, y no, no soporto todo este frío y esta humedad, este dolor sordo que me ahoga. Sí, se me va a reventar la cabeza, está reventándose, reventándose, me va a estallar, y la cucaracha allí, pero el dolor ya pasará pronto, ya verás, es que eres mal educada, estos dolores de cabeza son

nerviosos, ya lo decía tu tía que tanto te quiere, que no sabes controlar tus instintos, ya se te pasará la fatiga, tranquila, respira hondo, muy hondo, que si devuelves la papilla será peor, ellas comen de todo, y todo lo inundan del mal olor que despiden sus alas descomunales.

—¿Quieres ver la tele? —te preguntó la criada con uniforme— en mi cuarto hay una. —Sí, querida, te sentiste muy sola como siempre, y con frío, y este dolor descomunal, claro, si sólo piensas en él, olvídalo y verás cómo pasa, ya te lo han dicho. Y ese día no vi a los primos que tal vez no me querían, porque yo era una soplona, porque lo hice sin saber, porque no sabías nada de nada, a pesar de tu pobre vecina la mártir, pobrecita, que se convirtió en una sombra, pero dijo la tía tía que te quería educar, que ésa es gente cualquiera, ellos no llegaron con Cristóbal Colón en la Santamaría, y la muy mosquita muerta lo ha hecho con el panadero casado, pero qué se espera, de tal palo tal astilla, puta la madre, puta la hija y puta la sábana que las cobija, y de tal palo tal astilla te dijo la tía tía cuando casi violas al novio de tu hermana y ella vio, sí, lo vio, que lo tocabas en mala parte, y tú mirando cómo se puso de pálida, muy pálida, tu pobre vecina, sin comprender todo ese misterio, y los escándalos que se formaban en la casa del vecino... confiesa, puta, confiesa. Y encima el engaño. No, lo juro, no he hecho nada. Entonces, fue el Espíritu Santo, eh, ¡fue el Espíritu Santo! Y los golpes iban y venían y tú en un rincón, allí en esa gran galería, en la penumbra, con tus ojos enormes escuchando, escuchándolo todo, la pobre vecina a quien le había pasado lo de la *Zulianita*, *La Salvaje*, *Rafaela*, que todas habían metido la pata, y la muy ratona, todavía pensaba irse de viaje, y habrá que casarla, pero quién, quién es el padre, confiesa, puta, confiesa, y los golpes iban y venían y la mentira, y al fin confesó, que era el panadero más casado que el carajo, y es verdad, dijo el médico: es virgen. Es virgen, es virgen, fue el Espíritu Santo, y lo dijo todo el pueblo, como todo el pueblo supo también que casi violas al novio de tu hermana, y eso que a tu familia no le gustan los escándalos.

Y en la ciudad de las luces rojas, esa noche te dormiste viendo la tele, mientras la criada de tu tía siempre tan elegante, planchaba y te contaba de su hijo, al que ella decía que adoraba, aunque el padre no le daba ni medio, pero se lo había reconocido, y no se atrevía a traerlo a la casa de la tía tan elegante, porque ese chiquillo lo tocaba todo y podía romper algún adorno valioso de la gran sala Luis XV, donde todo era carísimo, y sólo lo veía los fines de semana en la casa de la vecina que lo cuidaba, ya que aunque allí había otros servidores ella era la que controlaba todo el trabajo y hacía que todo marchara bien. ¡Cómo estoy de cansada!, sí, es cierto, el dolor de cabeza se ha ido aliviando así, respirando hondo, muy hondo, si durmiera un poco, pero no, con esa cucaracha voladora no me atrevo, pero estoy tan cansada, como cansada estuviste en la ciudad de las luces rojas, y días después cuando supiste por la tía tan elegante, sí querida, tu madre murió al nacer tú, y a los muertos hay que respetarlos, y ella está muerta, y tu tía que es como tu madre, tan buena, tan virtuosa, que nunca te lo dijo, que te llevaba a visitar su tumba, por la caridad que tuvo contigo, sí, claro, pero mi hermano no debió mezclarse nunca con ella, tú eres hija por fuera y él se casó con otra y no con tu madre que murió con todo que era viudo, ya que la madre de tu hermana, tan señorita había muerto también, pero con ella sí estuvo casado, sí, pero él, hombre al fin, con ellos es distinto, porque es bueno que sepas que tu tatatatatarabuelo ayudó en la construcción de la primera iglesia en Tierra Firme, y tu padre, tan bueno, te reconoció, por eso llevas nuestro apellido, y hay que salvar el nombre, la reputación, tú haz lo que quieras, lo que quieras, pero un hijo, ni se te ocurra, porque meter la pata es quedar en cinta... (y tú vas y compras tus propios desechos por litros, por botellas, por galones). Sí, estoy cansada, tan cansada como el día en que llegaste a la ciudad de las luces rojas, y la criada habla que habla de su hijo sin padre, como las hijas del pecado, como tu pobre vecina que el médico dijo que era virgen y había metido la pata, y lo supo todo el pueblo, y cuando llegó la

tía tía que era como tu madre, comentando, comentando que fue en el río, una vez y de pie pensaste que ella tenía razón en no dejarte ir al río, porque podrías tener un hijo del Espíritu Santo, y te enterrarían viva, como estoy ahora en este ascensor, enterrada, pero tu vecina la virgen ya tenía cuatro meses y no se podía abortar, y virgen y mártir el panadero se la llevó al río y siguió siendo mozuela, pero el panadero tenía mujer y no podía responder y casarse, qué vaina, si apenas probó el asunto, y tú viéndola, viéndola, y ella con unas ojeras cada vez más hondas y más grises, y a lo mejor la enterraban viva, por mala, y tú mirándola, desde el gran portalón que rodeaba tu casa, la casa de tu honorable familia, *forever and ever in hell*, y tú también tenías un pecado, el de tus primos, a cuya casa irías y en cuya casa dormiste aquella noche y la empleada, tan buena, que hablaba y hablaba de su hijo sin padre que crecería y estudiaría y a lo mejor llegaría a ser médico, y ella estaba contenta como estaba contenta tu vecina virgen y mártir del pueblo de San Blando que no tiene cuándo, y en su casa hasta le permitieron, esto es el colmo, rugió la tía tía tan buena, tan beata, que el panadero casado fuera a visitarla. Sí, la cucaracha voladora se ha quedado quieta, muy quieta con sus alas aplomadas, negras, rojizas, con sus alas descomunales, como las mariposas negras que dan los números de la lotería y tal vez esté así toda la noche, porque debe ser muy de noche, y ellas sólo salen a pasearse cuando oscurece en los lugares inmundos y aquí con todas estas humedades del recuerdo, y ya casi que no siento la cabeza, que me dolía, que te duele, pero ya ves, es cuestión de no pensar, y la tía tan elegante siempre tan elegante de la capital advirtiéndote muchos días después de tu llegada, porque no había tenido tiempo de nada, que es bueno que sepas qué métodos usar mira que querer violar al novio de tu hermana, pero ya lo decía yo, que no eras buena compañía para mis muchachos, pero hay que tener caridad, y claro, a la calle no te vamos a echar... sí, (una fila que compra tus heces por litros, por galones, por botellas..., total eres la hija de mi hermano, pero es bueno que sepas que esto *sí es un*

contraceptivo... (que la compren por galones, por litros, por botellas...) *es un contraceptivo eficiente*, que por añadidura destruye todas las bacterias, porque claro, hijita, es bueno que sepas que te pueden dar enfermedades muy feas como las que se ven en los hospitales que visito y puedes llenarte de unas erupciones y llagas, pero yo estoy muy ocupada, y no puedo amarrarte a una cama con una bola de preso y mira esto, parecen globitos, pensaste, como aquellos que una vez encontraste en el río, y los hay de todos los colores, y evitan cualquier contagio, y esto si te digo, si metes la pata te vas, y ya sabes lo que tienes que hacer, mucho cuidado, sobre todo con tus primos, mira que querer acostarte con el novio de tu hermana, y tocarlo donde no se debe, pero la cabra tira al monte, y de nosotros no sacaste nada, ya sabes, o él usa globitos y tú usas *los supositorios vaginales* que dice la tele que son simples de usar, (por galones, por litros, por botellas...). Tengo mucho sueño, vamos a la cama que hay que descansar en este suelo viscoso, frío, hediondo, todavía humedecido, pero es mejor dormir, así se te calmará este dolor de cabeza, mejor es dormir, como dormiste la primera noche en la ciudad de las luces rojas, hasta el día siguiente, tranquila amor, tranquila, una orinadita más y a dormir, y el dolor se te irá, ya lo verás, pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, a dormir, cariño, tranquila, a dormir, dale dale a la mocita, con una piedrecita, en la cabecita y dolerá menos, mucho menos, a dormir como lo hiciste en esa enorme ciudad, qué más da todo, qué más da la cucaracha voladora, que no tiene marihuana pa' fumar, que como dice mi marido, los samblandehños no han podido ni acabar con las cucarachas, hay algo blando bajo mi cuerpo, así como tú, siempre bajo él, y siento algo gelatinoso, como pus, no sé, algo crujiente que despedazo bajo mí. Sí, al fin he matado a la cucaracha, la he matado, sí, ya no estará más aquí, la he matado con mi cuerpo, tranquila, no es nada, total, duerme, querida, duérmete con todo y el frío que sientes, como te dormiste aquí y soñaste que tú comprabas tus desechos por litros, por galones, por botellas, que

si no viene el cuco y te comerá, como te dormiste conversando con la empleada de la ciudad de las luces rojas, verdes, amarillas, en esta ciudad donde se dan todas las desesperanzas, he matado a la enorme cucaracha aplomada como una mariposa negra, y ya no estará aquí, al fin, y casi se me ha ido el dolor, y qué importa, qué importa, porque todos creyeron que casi violas al novio de tu hermana, porque tu tía tía que era como tu madre que dice que lo vio, lo vociferó por todo el pueblo, y porque un día llegaste a la ciudad de las calles sucias, donde corre una quebrada inofensiva que en la estación lluviosa se lleva toda la basura que los samblandeños arrojan, porque como dice tu marido, son tan cochinos, y fuiste a la ciudad de la espera, donde siempre estuvieron encendidas para ti todas las luces rojas, a donde fuiste cuando dejaste el pueblo de San Blando que no tiene cuándo, el pueblo donde se han dado todas las historias, con un para siempre en el infierno, con la mujer que siempre miraba el sol y sus hijas del pecado, y partiste con tus demonios y tus ángeles y tus miedos y tu enorme ignorancia y tus cantos a la virgen y la eternidad para siempre, para siempre a tus espaldas.

Tranquila, tranquila, sí, has matado a la cucaracha; me he librado de ella para siempre y he quedado sucia de pus, de alas de cucaracha, crujiente, estrujada por mí, para siempre y no volverá a revolotear más sobre mi cabeza, y no me molestará más y me he librado del dolor, ese dolor tan grande de cabeza, y tengo sueño, tanto sueño, sí, abrázate a tu cartera, como cuando eras niña, allá en San Blando, te abrazabas a tu “muñeca querida, blanca y rubia como un querubín”, muy distinta a ti, que eres así medio café con leche, aunque tu familia, tan aristocrática, de pura prosapia decía que era de la pura raza blanca, aunque tu padre tuviese el cabello crespo, y tu madre, no sé, no sé cómo era mi madre, porque murió, porque la mataste al nacer, pero no fue buena, ya te lo dijo la tía siempre tan elegante de la capital, no fue buena, tu padre tuvo consideración con ella, y tú la heredaste, por eso eres así medio quemadita, aunque pasas por blanca en la capital de las luces rojas, sí, muy distinta a tu “muñeca querida blanca y rubia como un querubín”, que se perdió y que te acompañaba en tus sueños de niña, duerme, duerme. No, no puedo dormir, rodeada de este vaho que despide mi propio cuerpo, de tanta humedad y estoy enfriándome, enfriándome cada vez más, invadida de tanto recuerdo de ti, por tu pasado remoto, el diablo, con cuernos y alas de murciélago, como la cucaracha que no volveré a sentir revolotear sobre mi cabeza, que ha muerto para siempre, al fin, pero al diablo no pudiste matarlo, a él que te miraba desde el reloj que representaba la eternidad. Deja de pensar, nunca se debe pensar, se peca “de

pensamiento, palabra, obra y omisión”, y sobre todo de pensamiento, si piensas mucho no te podrás dormir y podrá regresar el dolor, duérmete mi niña, duérmete mi amor, duérmete la prenda de mi corazón, así, tranquila, intranquila, sudando, con mucho frío, pero sudando, acurrucada, abrazada a tu cartera, sucia de ti, de la cucaracha que ya no puede caminar, feroz, repulsiva, así, tranquila, sin esa jaqueca que te ahogaba, y ni tan siquiera te has limpiado, pero debes dormir, como en un largo viaje en tren, donde vas por horas y horas, un tren despoblado, desierto, deshabitado, y allí vas, en pleno aislamiento, como el ermitaño de las barajas, ahora sí estás sola, amor, amada, ahora sí que estoy sola. No pienses, no pienses, la mente en blanco, uno, dos, tres, cuatro, cinco, Dios te salve María llena eres de gracia y así es mejor, duerme, no te inquietes, acurrucada por horas, y con frío, para que duermas larga, largamente, y se hagan más cortas las horas de la espera, total, algún día vendrá alguien, y habrá mucha, mucha gente, como un viaje extenso como las llanuras de San Blando, el pueblo que no tiene cuándo, donde no se sabía por dónde salía el sol, porque lo hacía por lugares diferentes a todos los lugares del mundo, allí está el tren, sin avanzar, por horas y horas, con muchas, muchísimas personas, en donde apenas se puede andar, pero vas sola, muy sola, absolutamente sola, y te das cuenta de que sí, de que hace muchas horas ese tren no se mueve, por tu pasado remoto el diablo y junto a él dos jóvenes como lo fuiste tú, con las manos atadas a sus espaldas, inmovilizadas, como lo estuviste cuando el novio de tu herrnana te arrinconó y te miró con impudicia, y mira cómo me tienes, te dijo, arrinconándote, como estoy aquí, ahora, sola. Apenas he logrado dormir, pero ha pasado el tiempo, sí, has descansado y tomas fuerzas, y el dolor ha desaparecido, qué sucia estoy, en este suelo gelatinoso, inmundo, en este elevador escuálido y sórdido. Mejor es salir de este letargo, ¡cómo quisiera irme de aquí!, tengo que hacer algo, no puedo esperar tanto, estoy enmohecida, tal vez cuando salga estaré herrumbrosa, con un musgo muy verde que me crece por todo el cuerpo, toda oxidada,

en esta pestilencia insufrible, enterrada viva, como aquel antepasado tuyo que no conociste, y que cuando lo fueron a sacar del condominio estaba entero, enterecito. Sí, amor, tienes que salir de aquí, ahora, con más calma, sin fatiga, libre del dolor que te agobiaba, tengo que encontrar alguna forma de abrir la puerta, pero tengo hambre, tanta, tanta hambre, es que el hambre me está matando, un hambre insaciable, te comerías los codos, y sed, pero sobre todo hambre, es ella, su majestad el hambre, la que nunca sentiste porque siempre estuviste bien alimentada, con aquellos enormes platos de sopa de fideos con papa que la tía tía que era como tu madre te hacía comer a la fuerza, es el hambre lo que me seca la boca casi sin saliva, pero es el hambre; es mejor no pensar en la sed, estás sola, pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, pero allá en San Blando no querías comer, y flaquita y todo la directora del coro encontró que tu voz era hermosa, tu voz de papagayo, como decía la tía tía que era como tu madre, tan buena, pero tenías una voz hermosa. Tengo hambre, es la hambruna que se ha adueñado de mi estómago como una garra, cómo me duele la boca del estómago, una zarpa áspera y dura, nunca nunca he sentido tanta hambre y tanta sed, ¡Dios mío!, qué pensará tu marido, con quien te casaste para que te diera respetabilidad y limpiara tu vida como un día limpiaron las calles de San Blando que los samblandehños volvieron a empuercar, como dijo la tía tan elegante y la tía tía que quería tu bien, por tu pasado remoto estaba el diablo portador de miseria, sufrimiento y desolación, como te sientes ahora que quieres salir de aquí para irte a tu casa, donde está tu marido, tan bueno, si no fuera por él aún estarías allá, en San Blando que no tiene cuándo, o en la ciudad de las luces rojas, de la Seca a la Meca, porque en ninguna parte se te quería, aunque tu tía la solterona beata que era como tu madre gastó tanto en darte una buena educación donde las monjitas que te hablaron de *forever and ever in hell*; pero él, tu marido, tan alto, muy alto, te libró de toda esa gentuza primitiva, y tienes que agradecersele, y estoy desvanecida de

hambre, de este anhelo de una mínima caricia de ti, que un día me miraste con ternura, allá en la capital, en la ciudad de las luces rojas con las calles sucias, donde esperé más tarde tus llamadas, y fue cuando te alejaste de mí para siempre, y la criada de la tía tan elegante que te habló de su hijo, ya no tengo frío, tengo hambre y sed, cada vez más hambre, en este sarcófago de metal en donde se consume la carne, sí, amor amada, allí estaba él a tus doce años, con su radio a todo volumen, el pelirrojo pecososo, con quien nunca cruzaste una palabra, sólo te silbó, fuiii, fuiooo, aquella tontería, y luego se fue del pueblo, y un día la criada de la tía tan elegante te dijo que tú no salías nunca, sólo de la escuela a la casa y de la casa a la escuela, y la ayudabas a lavar, planchar, y un día te invitó a visitar a su hijo reconocido, no, no puedo quedarme así, mojada, a la mejor tengo alguna servilleta en mi cartera, tu magnífica cartera de cuero, con el encendedor veré mejor, aunque creo que, apenas sí se ve, la llama se está acabando, y entonces sí que estaré en las tinieblas, mejor lo guardo para mis cigarrillos, adivina adivinador quién es este gran señor, algo cuadrado, de cuero, por supuesto, todo lo tuyo es muy fino, a ver ah, sí, mi monedero, y esta otra cosa alargadita, redonda, ah, mis pastillas, mis pequeñas misericordias amarillas, redondas, y esto otro suave, rectangular, con hojas de papel, claro, mi libreta de teléfonos donde nunca pude apuntar el número de Dios, ¡si lo hubiera sabido!, nada, ni un pañuelo, ni una servilleta, claro, tan descuidada con tus cosas, porque en tu trabajo sí que eres cumplida, y al menos las monjitas tenían sus pañuelos con qué secarse el sudor. ¡Mira qué lindo suena!, “como lindas campanitas de cristal,” claro, ya ves, ya ves, el que no lo adivina tonto es, las llaves de mi casa, y del carro que te regaló tu marido diciéndote que no te puedes quejar, dime cuándo pensaste que ibas a tener un carro de ocho cilindros, ahora que se está agotando el petróleo, grande, espacioso, todo rojo por dentro y por fuera como las luces de la capital de San Blando, y te lo dio advirtiéndote que debes manejarlo con mucho cuidado, es caro y debes saber valorar lo

que te doy por hacer el amor sin amor, por costumbre, a la misma hora, el mismo día, siempre igual, él tan alto, tan fuertote, y tú tan bajita, un pigmeo a su lado, pero te había regalado ese espléndido automóvil con llantas blancas, y *power steering* y *power brakes*, que los sambladeños no podrían soñar tener uno igual. Ellos nunca te habrían dado el lujo de tener un carro como ése, sí, porque querían ver qué sacaban de ti, y ninguno de ellos se hubiera casado contigo, después de lo que hiciste a pesar de haber jugado al escondido en el pueblo de San Blando que no tiene cuándo. Tengo que salir de aquí, no soporto más esta hambre y esta sed. ¡Qué bien me vendría una taza de café, calientita, aquí, ahora, con una mermelada fina, finísima que los sambladeños no prueban jamás; sí, golpea la puerta fuerte, muy fuerte, pero nadie te oirá. Y un día la criada de tu tía tan elegante te invitó a salir con ella a visitar a su hijo que cuidaba una vecina, y la tía tan elegante te dijo que sí, que fueras, ya sabes que no tienes que pedir permiso, ya te dije que puedes hacer lo que te dé la gana, se te da suficiente dinero, puedes hacer de tu vida un tren, pero con cuidado, ya que te interesa esa gente vulgar, sin principios, tan primitiva, pero claro, la cabra tira al monte, y fuiste a donde vivía la vecina de la criada, en donde había cuartos, muchos cuartos con muchos números, muchas puertas, todas abiertas, pequeñas, no como ésta que no abre por más que lo intentes, muchas puertas por donde entraba el sol duro, agotador, recalcitrante, tengo que salir, un último esfuerzo, ¡Dios mío!, ¡golpea duro!, ¡más duro!, a ver si te oyen, y allí, en aquellos cuartos sí daba un sol cruel, y había muchos niños de todas las edades, porque no se conocía la *sana costumbre*, y un abanico eléctrico que echaba humo y un televisor, un radio a todo volumen como el del muchacho pelirrojo pecoso, cantando “decir te quiero, decir amor no significan nada”..., tengo hambre, cómo, cómo me baila el estómago, claro, tan acostumbradito a comer sus buenos platos de sopa de fideos con papas desde niña, y la buena comida de tu casa, la mejor de todas, la mejor carne, el mejor café, la mejor leche, el mejor helado, y que la tía tan

elegante de la capital también consumía, porque tenía muy buenas relaciones, que se la conseguían, y ahora se la proporcionas tú, porque tu matrimonio te dio categoría, (la gente compra tus desechos por litros, por botellas, por galones). Tengo que olvidarme de la hambruna, y allí estaba el hijo de la criada con sus ojos negros, muy negros, brillantes como la mirada de un niño, a ver, mi amor, dale un beso a la señorita, y él te miró con su mirada de niño, con el cabello manchado de pintura, pintura verde, como verde me pondré aquí de tanta humedad y tanto orín, y tengo mucha, mucha sed. Chasquea la lengua, tal vez el infierno sea con mucha sed, mucha hambre y mucho frío, y el niño se acercó huraño, mirándote, mirándote con su mirada de niño y yo con mucho calor y sed, como ahora, pero una rata hambrienta se paseaba por los vasos del cuarto, por las camas, mucha sed como ahora, y el niño me dio un beso en la mejilla, tierno, húmedo, tú eres muy linda, te dijo. Ay, mani, mira qué chiquillo tan vivo, si es vivísimo, tomando su chance con la señorita, y acercó su mejilla empolvada con polvo de la calle, y su cabello rizado, castaño, con una mancha de pintura verde, no recuerdas ningún otro beso más que éste, tal vez la tía tía que era como tu madre, tan buena, que se sacrificó por ti, te besó alguna vez, pero no lo recuerdas, allá en San Blando que no tiene cuándo, con todas las comodidades, o en la casa de la tía tan elegante de la capital donde todo era tan limpio, tan fino. El niño con mirada de niño como sería la mirada de..., tranquila, tranquila, vamos a hacer un intento por salir, allí en tu cartera, tienes una peinilla con palito y todo, que puedes meter por la ranura de esta puerta rígida y esclerótica, tienes que abrir, tienes que salir para siempre para siempre de este infierno, dale, mete el palo de la peinilla por la ranura, a ver, fuerte, ayúdate con los brazos, para qué vas a golpear si nadie te oye, así, con la peinilla, dale fuerte, muy fuerte, hace unas horas pudiste abrir una rendija y creíste que un rayo de luz entraba, vamos, un esfuerzo más, con furia, dale, más fuerte, más fuerte, adelante, ya has descansado bastante, sigue, que ya has introducido la peinilla con palito en la

ranura, dale duro, más duro, sí, Dios, sí tendré fuerzas, no será como la última vez, dale, así, por la ranura, sí, ahora sí la abriré y saldré de aquí, porque tengo que salir de todas maneras, ¡dale duro, más duro, con fuerza!!! ¡Nada!, se ha roto la peinilla y nada!, y esto tiene que abrir de todas maneras, llora, sí, llora y golpea fuerte, muy fuerte, con desesperación, con rabia, con ira, dale duro, muy duro con tus manos, con tus puños en alto, con dolor, repetidamente, cíclicamente, grita más, aterradoramente, desesperada, con ese alarido vociferación que tuvo que lanzar aquel antepasado tuyo que no conociste y que estaba entero, enterecito cuando lo sacaron del condominio allá en el pueblo de San Blando, golpea hasta sangrar, con fuerza, alguien tiene que oírte, ¡oh Dios!, estoy tan cansada, todo ha sido inútil, cómo me duelen las muñecas, húmedas, saladas de mi propia sangre, no, no puedo más, sí, amor, amada, llora, llora todo lo que quieras, ya no tienes fuerzas, y allá en la ciudad de las luces rojas tampoco las tuviste, y empezaste a ir a la escuela, y de la casa a la escuela y de la escuela a la casa, y empezaste una vida más solitaria todavía, aunque a esto la tía tan elegante le llamaba libertad, porque a ella no le importaba nada, sin la mirada vigilante de tu tía beata y solterona que era como tu madre y fuiste a la escuela, tranquila, tranquila, llora todo lo que quieras como cuando eras una niña pequeña, pequeñísima y llorabas abrazada a tu muñeca querida, y allí en la escuela de la capital de las luces rojas no había monjitas, ni Blacamán, sólo los profesores y tus compañeros que eran más de sesenta, en un salón donde a malas cabrían treinta, pero tú estudiabas y eras buena alumna, y esto sí alegraba a tu tía tan elegante, porque al menos no me da problemas con los estudios, como hacen tus primos con sus automóviles, que apenas te hacían caso porque no te querían, porque tú eras una soplona y les habías friqueado aquellas vacaciones, los hijos de la tía tan elegante que te enseñó cómo no meter la pata, sí, llora así, con desesperación, con angustia, como cuando eras niña, y tu culpa que allí estaba, y tú

querías confesársela a un cura, y tus compañeras que hablaban en los recreos *piel fina, suave como la seda, que sólo espera de tus caricias*, y se reunían y hablaban y hablaban siempre de lo mismo, organizando bailes. —Y qué, ¿tú nunca has ido al cine? ¡Niña!, no puede ser. Y ¿tienes novio? No, claro, pobrecita la huerfanita qué va a haber tenido novio, y eso que es graciosa, pero yo quería confesar mi culpa, tenía que librarme de ella, tranquila, tranquila, llora lento, más lento, lentísimo, nada te va a pasar tranquila, pero te has perdido de lo bueno con eso de no haber tenido nunca novio, y les hablaste del muchacho pecoso con el radio a todo volumen, porque de verdad, casi te salen cachitos. Y se burlaban de ti y del pueblo de San Blando que no tiene cuándo, y de la tía tan buena, tan beata que se iría al cielo cuando se muriera y que tanto había hecho por ti, pero no sabes lo bueno que es eso de “fue una vez sin pensarlo ni planearlo”, ahora sí que no podré salir de aquí, ahora sí que la esperanza ha muerto para siempre, llora, llora lento, más lento, lentísimo, y qué, ¿tú nunca vas a ninguna parte? Si quieres un día nos paveamos y nos vamos por allí o ¿es que no te dejan salir sola? Sí, claro, puedo hacer lo que quiera. Oye, pero tú vives en un lugar muy bonito. Y fue también cuando visitaste por primera vez a una bruja, porque querías conocer tu futuro, si de verdad te condenarías en el infierno. Así, tranquila, se llora tres minutos y luego se moquea. Y tendrás sed, mucha sed, y mucha hambre si sigues así, calma, calma, calma.

—Oye, mani, vamos a ver a una bruja para que te lea la suerte, y ¿allá en San Blando, no hay ninguna? Sí, claro que la había, la del gato, la que visitaste años más tarde. —En mi pueblo de San Blando que no tiene cuándo también hay una, pero nunca he ido a visitarla, sólo la vi de lejos, allá, muy cerca de la zanja de los hierros viejos que cercaban su casa y que afeaban la salida del pueblo, y para qué iba a ir, aunque la que era como tu madre iba a verla con todo que era pecado, y que esas mujeres todas tienen pacto con el diablo, pero quería que le diera los

números de la lotería, que nunca se ganó, y para ese entonces para qué iba a ir, pero ahora, a los dieciséis años sentiste curiosidad. —Sí, vamos, si quieres nos paveamos de la clase de la prof. esa, tan buena, que no pasa lista. Y te llevó a un lugar muy feo, como la casa del niño con mirada de niño, que te dio un beso, y allí estaba aquella mujer gorda, muy gorda, con unos dientes de oro brillantes, brillantísimos, y aquellas barajas sucias, que ella te echaba por ti, por tu casa y por tu porvenir, y por tu pasado remoto estaba el diablo, al que tanto temías, pero era tu porvenir el que querías saber, si te condenarías para siempre en el infierno, pero no, qué va, usted es para la vida, ¡uyyy!, pero sí que tiene mala suerte, mucha mala suerte, y te veía desde la penumbra, sonriendo con sus dientes de oro brillante, brillantísimos, y por tu porvenir el cinco de espadas, a ver, qué viene ahora, sí, el as de espadas, las penas de amor, y tu madre murió, sí, claro, definitivamente tienes mala suerte, y debes darte unos bañitos para que tu suerte cambie, de esta agua que te voy a regalar, pobrecita, aquí está, mira, con un pajarito macuá, en ese líquido ámbar, el pájaro macuá es de las selvas, y, por supuesto que cuesta mucho dinero, pero te lo voy a regalar, pobrecita, para cambiar tu mala suerte en tres días, tres meses o tres años, el perfume del pájaro macuá para un buen bañito, así, bien hediondo, como aquí, aunque aquí soy yo quien está sucia de mí misma, atrapada, ahora sí, para siempre.

—Ay, no, mijita, debe tener mucho cuidado, el as de bastos al revés, y tú puedes tener un hijo, ya sabes, mucho cuidado, ya te lo había dicho la tía tan elegante de la capital, que tuvieras cuidado, sí, un hijo en tres días, tres meses o tres años, allí en la capital.

—Oye, bota esa porquería, no vas a creer lo que te dijo la adivina, ¿verdad? Uno lo pasa bien y ya está.

Pero la tía tan elegante te había dicho, y las cositas malas y las ojeras magistrales, y no, mejor te ibas a confesar.

—Pero es verdad que yo no tengo mamá, y ella me lo dijo...

—Te he dicho que esto es para divertirse, no seas pendeja,

si hubiera sabido que eras tan nerviosa no hubiéramos venido, y ya sabes, bota esa porquería por cualquier parte...

Y te fuiste a la casa de la tía tan elegante y te cambiaste el uniforme y te pusiste la ropa ya sin encajes, que no era tuya, sino de tus primas, y pensaste en tu compañera de escuela, tan simpática, que quería ser tu amiga, y que te había dicho:

—Oye, ven acá, y si vamos un día al cine para que conozcas a mi novio, además le diré que traiga un pasiero.

—Es que no tengo dinero.

—No seas tonta, mani. Yo te invito, o mi novio, o el pasiero de mi novio que está más bueno. Sí, nos paveamos otra vez y nos vamos al cine.

Y el día que te paveaste para ir a la casa de la bruja nadie se dio cuenta, y nunca, nunca antes se te había ocurrido pavearte, y ¿no será pecado?, y te confesaste esa paveada, y la ida donde la adivina, tan gorda con sus dientes de oro, relucientes, adivinándote tu pasado remoto y tu porvenir en tres días, tres meses o tres años, y el cura te dijo que era una tontería, que a tu edad sólo había pecadillos, pobrecita, tan flaquita, y es hasta bonita, pero ya ves, ir al cine es sólo un pecadillo, aunque él no sabía que yo tenía muchos muchos pecadotes, y casi le cuento todo lo que me había pasado, lo que me había dicho la tía tan elegante de la capital, lo de que casi violo al novio de mi hermana, pero no, de ninguna manera, y él piensa que eres buena, y la verdad, yo no sabía nada de nada “esta noche quiero estar contigo, compartir contigo mi calor”, y te fuiste al cine con tu amiga y su novio, y el amigo que te miró con sus ojos negros, muy negros y ardientes y sentiste algo que nunca habías experimentado, ni siquiera por el pelirrojo de la radio a todo volumen, y te dio rabia, mucha rabia, como cuando el novio de tu hermana te besó, baboso, aunque era diferente, claro, pero tú no sabías nada de nada, y el amigo del novio de tu amiga te tomó del brazo y sentiste un estremecimiento, “podría amarte con todas las fuerzas de mi alma”, pero tú, turbada, alterada, y no, esto no puede ser bueno, y

te ruborizaste, y mira, oye ve, dijo tu compañera tan simpática, que quería ser tu amiga, cómo se ha puesto de roja, y qué le has dicho, tonto, a él no le vayas a hacer caso, que es más levantón, pero “prefiero la muerte antes que verme en tus brazos”, y tú no sabes nada de nada, a pesar de todos los pesares, a pesar de que tu tía tan elegante, siempre tan elegante te dijo que *esto sí que es un contraceptivo*, pero te dio mucha, mucha rabia, una rabia llena de vergüenza. —No seas tonta, no vayas a pagar, nosotros te hemos invitado.

El lugar era oscuro, tú antes sólo habías visto televisión, allá en San Blando, el pueblo que no tiene cuándo, que tenía dos cines, pero nunca, nunca te habían permitido ir, porque allí no hay nada bueno que aprender, y sí que era oscuro, como este ascensor hediondo de mí misma, con mis manos heridas dolorosamente, que ya no sangran, y estoy cansada, y tengo tanta sed, tanta, tanta sed, y ya no llorarás, para qué si uno se acostumbra a todo, al menos ahora desocupo mi vejiga cada vez que quiero, total para qué tanta cosa. Y empezó la película:

TÚ ME HICISTE PERVERSA

Dijo un letrado grande y en colores, y luego la música sensual, suave, de balada, y se sentaron cada cual en su sillita, como en la escuela de las monjitas de San Blando te sentaste con tus cuadernos y tus lápices, esta vez sin dejar espacio para el Ángel de la Guarda, y él con sus ojos negros, muy negros como los del niño de la mirada de niño, y tú adivinabas que él te miraba, porque no quitabas los ojos de la pantalla donde “él le bajó el zipper del vestido y no la dejó hablar”, la fiesta continuaba, una fiesta con mucha, mucha gente, y allí iban “el gavián y la paloma” que se habían levantado en la fiesta, al baño y allí él le levantaba la falda, y vaya el brincoteo, “no, no me dejaste hablar, solamente suspirabas, te necesito, abrázame más fuerte, más”, y todo esto en la pantalla, y a tu lado, allí está tu amiga, tan simpática que te

trató bien, con el novio, abrazados, sin dejar el más pequeño espacio al Ángel de la Guarda, la película seguía, “en un cuarto dos amantes”, y “para grabarte en mi mente, yo quiero dibujarte con mis manos, yo quiero dibujarte con mi boca”, y tu compañera tan simpática que te invitó al cine con un amigo, estaba allí, con el novio, igual que en la película, “sentir el fuego ardiente de tu piel”, y “si los hombres no lo piden, las mujeres no lo dan”, como dice aquí, en este ascensor tan oscuro, y el muchacho de los ojos negros y ardientes, que rozaba su brazo con tu brazo, como sin querer y tú, inquieta, y tus sienas martilleaban, atormentada, y tu corazón perseguido, azotado, ante ese hermoso joven del sexo opuesto, y te sentías extenuada, con mucha mucha vergüenza, igual que cuando casi violas al novio de tu hermana y tu tía que tanto te quería te acusó de haberlo tocado en mala sea la parte, siempre igual, pero distinto, porque en medio del asco y la rabia, empavorecida, con todo ese julepe, con tu amiga, tan simpática, besa que besa con el novio, allí mismo, en tus narices, te sentías amedrentada, desasosegada por la penumbra, con las mejillas ardientes y los ojos abiertos, muy abiertos por el asombro, “amor mío, cómo estás, con tu mirada, con mi silencio, sobre tu almohada, empieza el juego”, y tú allí, y la película que nunca terminaba y otra vez “quiero dibujarte con mis manos, quiero dibujarte con mi boca” y siempre el mismo hombre con diferentes mujeres, y las faldas que subían y bajaban, y los zippers que subían y bajaban, y ellos que subían y bajaban, como “la bolita que me sube y me baja” como el nudo en la garganta, que casi me ahoga, y tu compañera, tan simpática que te había invitado al cine no se distinguía en el alto arropo que tenía, con la besuqueadera y la tocadera, cuando él, con sus ojos negros, muy negros, te buscó la mano, y te dijo algo que no entendiste, y quedaste petrificada, fosilizada e invadida por la repugnancia, el miedo, “porque prefiero la muerte antes que verme en tus brazos”, porque sentiste que la sangre te hervía, y temías que él también te acariciara con la pasión y el desenfreno de la película y de tu compañera con el

novio, tan juntos, pero bien que te gustó el relajo, tienes que reconocerlo, pero mi repugnancia era mayor, y él, allí, que me fue a tomar la mano enajenada, febril, “amor mío, cómo estás, con mi mirada, con mi silencio, sobre tu almohada, empieza el juego”, y él se dio cuenta de tu asco, y esta mezcla incontenible de sentimientos dispares, que me enloquecían, y te quieres ir, te preguntó, sí, me voy, me voy, y me levanté delirante, con mucho deseo de él, de no encontrarme allí, de no haber ido nunca, como nunca debí haber entrado aquí y encontrarme tan sola, tan desesperadamente invadida por el desaliento y el miedo, y sí, ya no es miedo lo que siento, es un qué más da, sin resistencias, sí, era preferible no llegar al último círculo del infierno, hubiera sido mejor huir a San Blando que no tiene cuándo, y mi compañera tan simpática que quiso ser mi amiga se quedó, sin darse cuenta de que yo me había ido, por el alto arroyo que tenía con su novio, y él salió también, con sus ojos muy negros y ardientes, tras de mí, sí, me voy a mi casa, que no es tu casa, que es la casa de la tía siempre tan elegante de la capital, y sus ojos negros se quedaron allí, desconcertados, y yo pensaba que en verdad no era del cielo sino del cielo de donde venían los niños, porque esto sí fue claro para mí, no del cielo como una vez me había dicho la tía tía que fue como mi madre, y me fui pensando en San Blando, y en las monjas que me enseñaron del fuego del infierno y de sus círculos y de la culpa y la expiación y los demonios con todos sus nombres, que se encontraban en cualquier parte, y el muchacho se quedó allí, mirándome, mirándome desde sus ojos muy negros y ardientes, mirándote.

¡Qué silencio el de aquí! Me gusta este silencio. Por la mañana, allá donde vivo, se da el silencio de las tumbas. En San Blando que no tiene cuándo, en cambio, no hay silencios. Siempre están al canto de los cocorrones, el croar de los sapos, el misterio de la tulivieja. Los samblandehños, dice mi marido, no saben apreciar la vegetación. ¡Todo es tan salvaje! Sólo los guayacanes que encienden la llanura todos los veranos, pero no, no saben utilizar la naturaleza como aquí donde vivimos tú y yo. No se ven, como aquí, las calles limpias, muy limpias, y las grandes avenidas, todas con nombres de árboles que no ensucian las calles, como las de San Blando. Tú vives en la calle de las acacias anaranjadas, todas iguales, que florecen el mismo día y a la misma hora todos los años. Y esa otra avenida de las acacias con flores muy blancas como la nieve, por donde pasas para venir a la capital de las luces rojas, tan blancas como la nieve que nunca viste hasta que te casaste y saliste de viaje de luna de miel. Allí donde vivo se ha matado al croar de los sapos. Sólo se sienten los pasos de zapatos muy limpios, zapatos de suelas dobles, de caucho, porque no es posible contaminar todas las regiones del ruido que hacen los samblandehños. El camino de mi casa, tan limpio, después que se deja atrás una calle muy larga, por donde hay que pasar con mucho cuidado, porque en la capital de San Blando hay ladrones, y hay que subir los vidrios de tu enorme carro de ocho cilindros, con llantas blancas, *power steering*, *power brakes* y todos los poderes, que tu marido te regaló, tu marido que no adivina siquiera el gran favor que te hizo. Y se

dejan atrás esas manchas de árboles que nacen solos, que están allí porque sí, porque con todo y todo la naturaleza es buena con los samblandehños, porque ni los veinticinco temblores diarios que tienen se sienten, pero allí donde vivo con mi marido se ha organizado el trópico. El sol está allí como el rayo de luz que se filtró por la puerta del ascensor. Sí, hasta el sol se ha organizado para tostar la piel, para que nadie sude. Tu casa refrigerada, casi fría, tu casa en la Avenida de las Acacias Anaranjadas, siempre iguales, que se cuidan muy bien de no ensuciar las calles, como en la capital, y es cierto, no hay sed como ahora, toda la sed y el hambre que tuviste durante mucho tiempo y muchas tardes después de que mi compañera me llevó al cine con su novio, mucha sed y hambre como la que tuviste cuando ibas a morir. Sí, una vez iba a morir y no quiero que ese día se borre de mi memoria, porque entonces ya no tuve miedo.

Al día siguiente, después de que fui al cine, fui a la escuela, y allí estaba mi amiga, como si nada, tan tranquila.

—Y sí que has sido mala compañera —me dijo— pero claro, ya vi que te fuiste con él y qué, ¿cómo te fue?

—Y qué querías que hiciera, —le dije— me dio mucha rabia. Y la miré indignada.

—Y qué es de él, se darían un buen arrope, ¿no?

—Y eso de arrope, ¿qué es?

—Oye, ven acá, pero de verdad, ¿no sabes lo que es un arrope? Eso lo sabe todo el mundo, hasta tu tía tía que fue como tu madre... ¿Eres o te haces? Ay, bueno, te pregunto si no te diste un buen beso con él.

—Claro que no, me fui para la casa.

—¡Vaya la vida!, ¡esto sí que no te lo creo! Si ése es un tipo a todo dar, mani, de buena familia...

(—Papá, mamá, una amiga, la que les conté, recuerdan—. Y me puse muy roja, qué ¡Dios mío!, qué le habría dicho, pero ya se me había quitado el miedo.

—Sí, él estaba muy apenado, pero como tú ya casi no quedan muchachas, todas son tan desenvueltas, pero tú, querida, eres la horma del zapato de mi hijo, sí. Aunque, sabes, él es muy sinvergüenza, ¡cómo es de mujeriego este hijo mío, cómo le gustan las faldas!, pero sé que contigo será diferente... ¿verdad hijo?...))

—Y ya está en la universidad, será ingeniero y su padre le regaló una cacharpita —te dijo tu amiga—. Será ingeniero, como ingeniero es el novio de tu hermana al que dice la tía tía que casi violas, sí, una vez iba a morir, cuando pensaste que a pesar de todo, el amor era posible, después de que tu hermana se casó con el caballero y se le hizo la gran fiesta, allí en la ciudad de las luces rojas, en el club más distinguido, tu hermana más linda y más buena que tú, mejor vestida que tú, con un pasaporte para ser feliz que le dieron al nacer, y a ti apenas si te hablaba por quererle quitar el novio y se casó y no te invitaron, porque para qué le ibas a amargar el día más feliz de su vida, sólo que no te importó, porque nada importaba, pero desde que te casaste te visitan en tu casa, él y tu hermana, y te invitan a las fiestas, y tu marido feliz porque ellos están muy bien relacionados, y ellos felices porque él, tu marido le consigue zapatos muy finos a tu hermana, y recibes regalos para Navidad y cena para el Año Nuevo, con el caballero que casi violas, marido de tu hermana que pareciera que ahora sí te quiere bien, (una fila de gente compra tus desechos por litros, por galones, por botellas), porque tuviste suerte y te conseguiste un buen marido, y sentaste cabeza, aunque ya nada te importaba, como ahora que estoy tan cansada, y si no ibas a la boda no tenías que ver al que arrinconaste. Sí, una vez ibas a morir, porque pensaste en la felicidad y seguiste de la escuela a tu casa, que no era tu casa, confesándote, siempre confesándote, a pesar de que el cura me dijo que ya me había confesado bastante, y unos días después de lo del cine, lo volviste a ver, a él, al muchacho de los ojos negros, al muy sinvergüenza mujeriego como dijo su madre, con orgullo, pero contigo sería

diferente, por qué no iba ser diferente y en su casa pasaste una tarde divina como diría mi amiga tan simpática que me invitó al cine, y él sacó la guitarra, “que porque te estoy queriendo, no me pidas la razón”, felices, celebrando todos juntos, cantando, hasta yo canté, y tú, ¿cuándo te gradúas? “Una vez nada más en mi huerto brilló la esperanza”, a fin de año, me faltan siete meses. “Te quiero vida mía, te quiero noche y día”, ¿cuántos años tienes? Dieciocho cumpliré muy pronto, “te quiero con ternura, con miedo, con locura, sólo vivo para ti”, sí, amor, ese día como siempre que estabas con él fuiste feliz. “Si, tú sabes que te quiero con todo el corazón”, así, feliz, en silencio, “que tú eres el anhelo de mi única ilusión”, tranquila, que nada te pasará, “ven calma mis angustias con un poco de amor”, tú sabes que yo no podré hacerte nada malo, tranquila, respira hondo, muy hondo, tranquila, “que es todo lo que ansía mi pobre corazón”, y sí, todos felices, celebrando matarile, rieló. Mírala, mírala, se ve que anda en algo, eh, le están saliendo cachitos, y él te iba a buscar, y tú no tenías miedo de ninguna clase porque te había llevado a su casa, pero aquella primera vez que se aparcó frente a tu escuela, cuando tú salías y allí lo viste, sonriente, tuviste miedo, no, no, debo seguir mi camino, con qué cara lo voy a mirar, después de aquella tarde tan terrible, en el cine, pero allí estaba: —Hola, corazón, mi amor, cómo estás ¿No quieres que te lleve a tu casa?, allí en su carro, medio destartado, que estacionó frente a la escuela, y me tomó del brazo, y tú otra vez anhelante, estremecida, y muy muy ruborizada, sí, amor amada, tenías miedo, pero un miedo diferente al que ahora sientes, al que sentiste cuando el novio de tu hermana te arrinconó y te dijo mira cómo me tienes.

—Vamos, no seas tonta. No estarás brava, verdad. Yo no tengo la culpa de lo que pasó en el cine. —Y allí estás, estancada, sin moverte, como si al marcharte se te fuera la vida, si pudiera decirle algo para retenerlo, pero no, irme en su carro, no. Y él te miraba y te miraba.

—Ven que te llevo.

—Pero si vivo cerca.

—Pues entonces voy contigo hasta tu casa. Y te acompañó, y tus compañeras pasaban y te veían y se reían, mira la mosquita muerta, con su coco, y después dice que no, que qué va, y allí está, con él, y se reían, y adiós, niña, después dice que no, ¡eh!, y tu compañera tan simpática que te invitó al cine lo saludó y le guiñó el ojo, maliciosa, mirándote, mirándote, comentando.

—Y por qué no te puedo llevar a tu casa, ¿te regañan?

—No, claro que no, pero bueno, me da pena... Y te fuiste huyendo casi corriendo, y él mirándote, mirándote, sí, porque tú, tan simpática, “ojos negros, piel canela”. Con el tiempo lo volviste a ver, otra vez, en la escuela, “me gustas tú, y tú, y tú y nadie más que tú”, y ¿nunca nadie te ha dicho que tienes unas piernas muy bonitas, “pedacito de mi vida”? y te asustaste mucho, y te gustó, y también tenías una voz muy linda, y cantabas en el coro de la iglesia de tu pueblo, allá en San Blando, y contestas el teléfono aquí en la oficina, y así, sin darte cuenta, un día te acompañó hasta tu casa, y te dijo hasta pronto, y te pusiste roja, muy roja de vergüenza, por la mirada que te dio, y te quedaste ahí, tengo sed, mucha sed, tranquila amor, tranquila, ya tendrás mucha agua, allá en tu casa donde todo está tan organizado, hasta el amor, el mismo día, a la misma hora, de la misma manera, con tu marido que nunca se interesó por tu pasado, y pensaste que te quería, y te salvó, y creíste que podrías llegar a quererlo.

Y yo lo esperaba, a él, al muchacho de los ojos negros, con ansiedad, “nunca olvidaré mi vida esa tarde fría del invierno aquel”, pero aquí con calor, mucho calor, en tardes de lluvia, en tardes de sol, unas lluvias torrenciales que inundaban las avenidas, porque los samblandehños tiraban la basura a la calle y se trancaban los desagües, y él venía a buscarte repetidamente, cíclicamente, y tú perdiendo el miedo, porque te había invitado a su casa, sobre todo en tardes de lluvia en que te iba a buscar, porque no quiero que te mojes, mi amor, no quiero que te enfermes, y no, ya no tenía tanto miedo, cuando te tomaba la mano,

tu manita fría, qué lindas manitas que tengo yo, heladas, aunque ya no de miedo, sino de emoción, purita emoción, con ternura.

Pero la primera vez que te acompañó te quedaste ahí, como un poste, en casa de tu tía tan elegante de la capital, con la mirada del muchacho de los ojos negros, con quien fuiste al cine, mirándote, pero cómo, cómo me hubiera gustado que no se fuera, que se quedara allí por más tiempo, y lo viste alejarse con un hasta pronto, mirándote, mirándote, y te sentías inquieta y hasta triste, y siempre que terminaban las clases salías con la ilusión de encontrarlo allí, con tus profesoras y tus compañeras mirándote, mirándote, comentando, con todo y el miedo que tenías, y que le dirías que no, que no te acompañara, que te dejara en paz, pero querías verlo allí, muy bien vestido, estacionado con su cacharpita, que se la cambiarían cuando terminara su carrera de ingeniero, y quién es el tipo ése te preguntó tu tía que te vio llegar desde la terraza en donde se había reunido con unas amigas a tomar el té de las cinco, y a jugar barajas; y le dijiste quién era y que estudiaba en la universidad, y cómo te atreviste, lo que nos faltaba, qué vergüenza, qué dirán mis amigas, ¿no será un tipo peligroso con ideas foráneas?, porque allí de aprender, no se aprende nada, por eso es que tu tío ha mandado a los muchachos al extranjero, y a tu prima “la culta y bella señorita, hermosa flor del vergel samblandefío, que partió en un gran pájaro de hierro, cual una princesa de las mil y una noches en una alfombra mágica, a seguir estudios de inglés, francés y todos los idiomas”, con sacrificios y becas que le concede el Estado para que no se vaya a mezclar con esa gentuza que va a la Universidad, aunque claro, haz lo que te dé la gana, ya te he dicho que puedes hacer de tu vida un tren, pero aquí no vengas más con el tipo ése, y habló y habló hasta cansarse, y tú con muchas ganas de irte a tu cuarto a llorar. Ya ni hambre tengo, al final siempre se aplaca, se aguanta un poco y total, hay gente que no come y sobrevive, y todos somos iguales, te dijo él, con sus ojos brillantes, aunque nadie es igual a ti, y te invitó al cine, y

por supuesto que no ibas a ir, menos con él. Pero, mi amor, nada nos va a pasar, ven, vamos a ver una película que no tiene nada que ver con la del otro día; y no, claro que no ibas a ir, pero con todo y todo él iba a buscarte de vez en cuando, y yo, ya tenía menos miedo, y tus compañeras mirándote, comentando: vela ve. . . y él me habló sobre sus estudios, y de cómo le gustaba leer, y ¿a ti te gusta leer? ¡Qué tontería!, si no leías ni los periódicos, sólo las novelas que te mandaban en la escuela, por obligación, porque definitivamente, dice tu maestra, que trajiste muy mala preparación de las monjitas de San Blando que te enseñaron francés, inglés y buenas costumbres y cómo deben comportarse las señoritas, pero de aprender no aprendiste nada, dice tu profesora, y te exige, y con todo y todo tienes muy buena ortografía, en eso sí eres buena, y hasta te ganaste un concurso, pero lo que es la gramática y las matemáticas, nada, ni hablar, tienes que pensar y tú no sabes nada de nada, sólo las reglas, éstas sí, todas, porque todo lo haces porque te lo mandan, pero de leer no leías nada, porque le tenías miedo a los pecados y las monjitas te habían dicho que había que tener cuidado con lo que se leía, pero claro, esto no se lo ibas a decir a él, sólo mirabas la tele, con sus novelas tan interesantes: *Rafaela*, *La Indomable*, *La Zulianita*, que te embobabas con ellas, una a una, pero te dio pena decírselo y él te prestó unos libros para que los leyeras porque eran muy buenos, y cuando llegué a casa estaba la tía otra vez, muy elegante, vestida impecablemente para ir a un *cocktail party*, donde asisto yo ahora, con frecuencia, porque así lo exigen tus nuevas relaciones, muy elegante tú también, en esas salas de recibo, tan grandes, con muebles antiquísimos, recién comprados, encargados especialmente al extranjero, como los que tenía tu tía en su residencia del cerro de la ciudad de las luces rojas, y yo escondí los libros en el cuarto, aunque con miedo, claro, no fueran a ser libros malos, porque entonces el diablo se vendría a pasear por tu cama con su olor a azufre. Y ¿si llegaba a quererme y se casaba conmigo?, pero de verdad, de verdad ya le tenías menos

miedo, con todo que cuando aparecía, ya con alguna frecuencia, te sentías rígida, temblorosa, sobre todo aquel día en que los graduandos organizaron un baile, aquel TREMENDO MENEIO DE HUESOS al que tuviste que ir. Sí, creíste que podrías ser feliz, aunque los seres como tú están condenados desde su nacimiento, su mano fuerte y cálida sobre la mía, helada como el frío que sentiste hace unas horas, tal vez minutos, quién sabe, pero no, ya no tengo frío, tanto, tanto frío como el que sentí, es como si un rayo de sol hubiera entrado, y él te iba a buscar y tú ya no tenías miedo de ninguna clase, porque te había llevado a su casa, porque te quería, y “antes de conocerte yo era un terreno baldío”, pero ahora está él, “contigo y aquí, en este lugar, sintiendo sus besos”, como en el baile, y sí, él también me quería, como la *Zulianita* y *La Salvaje* y *Simplemente María*, que todas recibieron amor, porque “sin un amor la vida no se llama vida”, y sí, él te lo dijo, yo te seré siempre fiel, pues para mi quiero en flor ese clavel” del vergel samblandefío, con besos, con ternura, sin miedo, en tardes de lluvia, en tardes de sol, *and you know what eternity is*, una y otra vez, repetidamente, cíclicamente, y por tu pasado remoto estaba el diablo mirándote, mirándote, comentando, y organizaron un baile al que tuviste que ir, a menear el esqueleto, en un lugar oscuro, casi tan oscuro como aquí, en este ascensor, y lo organizaron entre todos en tu salón, ya que ese año se iban a graduar, y necesitaban recoger fondos con un baile, como nunca pensaste que fueran los bailes, y para sorpresa tuya tu tía tan elegante se mostró entusiasmadísima, qué bueno, ya es hora de que te roces con la gente, y hasta te dio el vestido de tul de ilusión que había usado tu prima para su graduación, con encajes traídos especialmente desde Holanda, y aunque el vestido te quedaba grande, no importaba, pues estabas contenta, como cuando te casaste, porque en ese entonces todos estaban contentos, hasta tú. Y todos meneaban el esqueleto sin dejarle el más mínimo espacio al Ángel de la Guarda, todos tan elegantes lustrando hebillas, porque había que recoger platita para la fiesta de graduación, y el anillo, y se hizo la gran propaganda, las paredes

de la escuela se llenaron de papeles para aquel TREMENDO MENEIO DE HUESOS, para aquel NAIT A FUN con el supersonido del MID-NIGHT SOUND, en ese lugar tan oscuro, no, calma, amor, calma, cómo se olvida uno hasta del hambre y de la sed, sí, porque después del hijo de la empleada, con sus ojos brillantes, negros, muy negros, con mirada de niño, nadie me había besado con ternura, como hacía él, ahora desde que me llevó a su casa, “llenando de ilusión y de pasión mi vida loca”, juntos, siempre juntos, porque él sería diferente contigo, te había dicho su madre, tan cariñosa, con ese hijo tan sinvergüenza.

Y él, para sorpresa tuya, era el edecán de La Reina, junto con otro, todos muy elegantes, pero allí casi todas habían ido con su pareja, y tú no, pero ese día fuiste feliz, con todo que La Reina le coqueteaba, y él, reído, bailaba con ella, por cumplir, allí, en esa marejada que se movía al compás de la música, y sentí una punzada terrible, y que el corazón me pesaba cada vez más, espeso, duro, pero fui feliz, porque él me dijo que ella era tonta, que sólo bailaba con ella por cumplir; y yo, pues, pensé, debo ser inteligente, y con todo y todo fui feliz, aunque después la llevó a ella, a La Reina, a su casa, en su cacharpita, y yo me fui sola, solitita, hasta la casa de la tía tan elegante que me había admitido allí, con todo que casi violó al novio de mi hermana, pero ese día fui feliz, con mi traje de tul de ilusión, y el maquillaje muy tenue que me había aconsejado mi tía de la capital usar, todo rosadito, porque aunque sólo bailé con él una vez, y no bailé con más nadie, ya que nadie me sacó a bailar, no me cabía el corazón en el pecho, desasosegado, atormentado. Y todos, mirándote, mirándote, niña, te dijo tu compañera tan simpática que te invitó al cine, con lo linda que estás, cómo es que no bailas, qué haces allí, comiendo pavo, mírala, comiendo pavo, pobrecita. Pero él me sacó a bailar.

—Y ¿no sabes bailar? Tienes que aprender, si eres liviana como una pluma—. Y me acercó a él, con fuerza, con ternura, con “quiero emborracharme de ti”.

—Mírala, lo mosquita muerta que parecía. Esa loca se traga un muerto y no lo eructa, pero de que lo sabe, lo sabe.

Sí, en ese entonces amaba la luz. Y supe que allí en la capital de las luces rojas el sol parecía salir por lugares diferentes de donde sale en otras partes del mundo. No, no tenía miedo a pesar del demonio, a pesar de Canfinfa y su gran saco, a pesar de todo, no tenía miedo, porque él te había llevado a su casa, y creías que te quería, que contigo sería diferente, y cómo iba a quererte si tú eras feúcha, flaquita, más tonta que nadie, habías nacido con malas auras, ya te lo habían dicho las barajas, ya te lo había dicho tu tía siempre tan elegante, porque “decir te quiero y decir amor no significan nada”, una y otra vez, repetidamente, cíclicamente, *forever and ever in hell*, mientras me acariciaba, y “tus besos se llegaron a recrear aquí en mi boca”.

—Sí, amor, yo te enseñaré a bailar, seré tu maestro, “quiero que lo sientas así”, y se acercaba más y más con ternura, “y perpetuarnos los dos”, amor, hasta que apareció ella, La Reina del Baile con su *colección completa de colores frescos, como las frutas silvestres recién cortadas para sus ojos, labios, mejillas y uñas* y lo miró y él me hizo a un lado mi amor, le dijo a ella, a La Reina, corazón, por qué me has abandonado, y me tomó del brazo y mira, te presento a una amiga, y nos pusimos a conversar los dos, los tres, pero no importó, porque con todo fuiste feliz en esa marejada que se movía lenta, lentamente de un lado a otro, sólo las cabezas, todos lustrando hebillas, sin dejar el más mínimo espacio al Ángel de la Guarda, y él la llevó a su casa a ella, a La Reina, y tú te fuiste sola, solitita a la casa de la tía, y él se alejó con sus veintitrés años, que te dijo que cumpliría, y te besó en la frente, con ternura, como el niño de los ojos negros y brillantes te besó, tan diferente al novio de mi hermana, al que casi violas, y tu marido que te besa de vez en cuando porque eres insaciable, y el muchacho que sería ingeniero se fue, con La Reina, pero tú eras feliz.

Ya casi que se me ha ido el hambre, y la sed, el recuerdo te ha matado el hambre, al menos te la ha organizado, como ese lugar en que vives, en donde hasta los árboles crecen en grandes

avenidas, todos iguales, iguales, en la misma época del año, todos los años, porque se les ha educado para que crezcan así, y llegaste a tu cuarto, allí en la casa de la tía tan elegante, a oscuras, y tomaste uno de los libros que él te había prestado, y allí donde creías que estaba su nombre pasaste tu mano, con ternura, porque con todo y todo él te quiere, y estudia ingeniería y te olvidaste de la otra, de La Reina, porque total, ya te dijo él que era tonta y que sólo estaba con ella por cumplir, y te quedaste abrazada a su libro, a su nombre.

—Míralos, dizque ni na ni na, vela ve, eso es que cuando están solos se lo da. “Esta noche el mundo se detiene, el reloj ya no camina más”, como nunca existió el tiempo para ti, y todos los relojes estaban siempre allí en una hora exacta, todos iguales, allí donde vives.

“Perdóname amor, que no quiero hacerte daño”, porque te quiero, “te quiero vida mía, te quiero noche y día, no he querido nunca así”, y te lo demostró bellamente en el autocine, en su cacharpita, así como en la película que tanto te impresionó, y tú con mucho miedo, pero no te dabas cuenta de lo que pasaba, al menos eso dices ahora, allí en el autocine, allí en la ciudad de las luces rojas, la capital de San Blando, el pueblo de nunca jamás, el pueblo donde se han dado todas las historias, sí amor, amada, amante, y un día ibas a morir, tranquila, nada te va a pasar, yo cuidaré de ti, no te haré daño, esto está muy oscuro, lo sé, pero no tengas miedo, también entonces se había ido la luz, como ahora se ha ido, o no sé si el ascensor está dañado, sí, sí, el ascensor está dañado, la luz no puede irse por tanto tiempo, como entonces, allí en el autocine, donde la juventud samblandea que tiene carro proyecta sus hijos bastardos. Esto está muy oscuro, lo sé, pero no tengas miedo, tranquila, si quieres fúmame un cigarrillo, tranquila, relajada, así dolerá menos, tranquila, tranquila, respira, tranquila, que hay aire, tres Aves Marías, tres Padrenuestros y tres Glorias antes de acostarte y se alejará el demonio de la cama, y te condenaste para siempre, para

siempre en el infierno, porque cambiaste al cura por las adivinas, calma que nadie dirá nada, nadie lo sabrá, y las ibas a visitar a ellas, a las brujas para que te echaran las barajas, para que te dijeran si él te quería, pero no, nada, un hijo, abandono, cinco de espadas, as de bastos, la catástrofe, usted nació para la vida, no para el amor, y te compraste un juego de barajas, y sabías que si salían nones era no y pares era sí, y preguntabas: lo veré, no lo veré hoy, y a veces fallaban, y no lo veías, y ya no te iba a buscar con la frecuencia de antes, sobre todo después de aquello.

—Vaya, se nota, ya lo probó, ya lo probó, pobrecita, tan ilusionada, —dijeron tus compañeras y lo dijo esa amiga tuya tan simpática que te invitó al cine con su novio, tranquila amor, tranquila, no, la sed y el hambre no deben regresar, tranquila.

Sí, una vez iba a morir, y sólo sentiste la enorme dimensión del silencio, fue en San Blando que no tiene cuándo, que el diablo te vino a visitar una y otra vez, pero ya ha pasado tanto tiempo, ya no sabes ni qué hora es, porque nadie sabe cuál es la hora exacta en la capital de San Blando, como cuando sales de tu casa, esa casa donde se dan todos los silencios, donde hay tanto orden, tu casa refrigerada y cómoda con una sala muy elegante, como la de tu tía, con sus grandes cortinajes y tu alfombra persa que te trajo tu generoso marido de uno de sus viajes, y ese cuarto especial para ver televisión, con su gran sillón de cuero donde tu marido ve todos los miércoles a la misma hora y por el mismo canal su programa favorito, sin tener que moverse de su silla porque todo se maneja con botones, porque todos los electrodomésticos están a tu orden, y en orden, haciéndote la venia, esperándote para que empujes uno y tengas todo listo en minutos, tú sí que vives cómoda, y un cuarto para que hospedes a la tía tía que fue como tu madre, cuando viene de San Blando, a hacerte la visita, esa tía que dice tu marido que tanto te quiere y a quien tanto le debes, en esa casa de donde sales todas las mañanas y que ahora te espera, con un reloj que sí marca la hora exacta, y por eso sabes la hora, como cuando sales de tu casa y llegas a la ciudad de las luces rojas y no quieres

llegar tarde al trabajo y buscas un reloj en cada esquina de esta ciudad sin horas, donde todo todo se ha detenido para siempre, sólo las luces rojas y amarillas y verdes que te dicen espera, sigue, pero siempre tienes que esperar, como tienes que esperar ahora que alguien te abra la puerta, en este ascensor de aquí de tu trabajo, donde todos te tratan bien porque eres la esposa de un hombre muy distinguido, un señor alto muy alto que no tiene nada que ver con los samblandehos y que tiene grandes influencias, aunque siempre hay quien te mira mal, porque el jefe es joven y guapo y te trata bien, y mírala, mírala cómo le sonrío, y le pagan más que a ninguna por la influencia del marido, pero tu ortografía es perfecta, no como la de los samblandehos que tienen tan mala ortografía, que “escriven haci con todo ke van a la uniberzidat”, pero tú no, las monjitas de San Blando con todo que tu idioma era de segunda, te enseñaron sus truquitos y se te aprecia por la nitidez de tu trabajo a pesar de los pesares, de que no sabes nada de nada, y por eso estás aquí ahora, esperando, porque tienes que cumplir, y eres la última en irte de la oficina, aunque qué más da, como después del baile tuviste que esperar varios días para volverlo a ver a él, a quien tanto quisiste, SI ESTÁS SOLA LLAMA AL 334430, NEGRA LINDA, ALLÍ TE HACEMOS EL FAVOR, y cuando regresaste a la escuela de la ciudad de las luces rojas...

—Vaya, qué simpaticona, parece que ya lo probó, mírala tan caderoncita, y tu amiga que te invitó al cine se reía, y todas mirándote, mirándote, riéndose, riéndose por los largos pasillos de la escuela, todas riéndose desde las puertas de todos los salones, en todas las esquinas, mirándote, mirándote, pobrecita, tan ilusionada, así, mirándote con lástima, tu amiga tan simpática que te invitó al cine y las otras compañeras, comentando si se lo diremos o no se lo diremos, que él anda con otra, con La Reina, pobrecita, y ya lo probó, ya probó al hermoso joven del sexo opuesto que será ingeniero, porque ahora que consiguió lo que buscaba quién sabe si la querrá ver otra vez, pero claro, hay que decírselo, para que no se siga haciendo ilusiones, para que no se

lo crea, que él se va a casar con ella, y se lo vamos a decir, y los demonios mirándote, mirándote sonriendo, allá en San Blando que no tiene cuándo, y esperabas siempre a que apareciera él, y te alegrabas al verlo, aunque en un principio no te atreviste a aceptar sus invitaciones, ni a dar un paseo en su cacharpita que estacionaba frente a la escuela, pero un día, ¡tan bello!, te invitó a su casa, y ese día ya no tuve tanto miedo, por qué lo iba a tener si él era tan bueno, y, además, no me invitó al cine sino a su casa, a conocer a sus padres, ¡tan bello!, ¡tan mujeriego!, con sus ojos muy negros, y no, no te llamaba con la frecuencia de antes, ni te iba a buscar, y tus compañeras mirándote, pero quién, quién le da la noticia de que él anda con otra, de que ya con ella ni na ni na, tan tonta, que se lo dio cuando se lo pidió y por eso lo perdió, por pendeja, aunque si los hombres no lo piden las mujeres no lo dan, pero el año escolar terminaba y te ibas a graduar, pero ya lo habías hecho, *forever and ever in hell*, ahora sí que no podrías confesarte para siempre, ahora sí que ibas a llegar al último círculo del infierno, aunque era preferible estar en el primero, y un día lo supiste, lo presentiste, y tuviste mucho miedo, tanto tanto miedo, igual que ahora, y sí que se iba a formar, tres Padrenuestros, tres Ave Marías y tres Glorias y alejarás al demonio que está allí para apoderarse de ti, de aquel “quiero recorrer tu cuerpo, enloquecer de deseo”. Ya lo probó, ya lo probó, decían todas tus compañeras riéndose, con malicia, riéndose, con maldad, con inocencia, riéndose, riéndose, y te miraban riéndose, y bueno, hagamos una rifa, la que le toca el número ésa va y se lo dice, y si lo jugamos a los dados, el número más alto, a ésa le toca darle la grata noticia de que él anda con otra, y se le hace el favor, sí, se lo tenías que decir a él, tan bueno, que te había querido, porque de verdad, de verdad, casi ni te diste cuenta de lo que pasaba, porque sabías que él te quería, porque no podía ser de otra manera, con todo que empezó a ausentarse, y oye, qué le pasa a tu amorcito, que no lo veo por aquí, te dijo tu amiga, tan buena, ¿será que anda con otra? Y se reía, y todas riéndose a tus espaldas, riéndose, con lástima,

cantando, “si tú me lo das, por qué me lo quitas”, y tú lo esperabas, y cuando aparecía, cómo Dios, cómo decirle lo que te pasaba, porque sin duda se casaría contigo y de una vez, y serías feliz como en los cuentos, como la Cenicienta, como todas las protagonistas de las telenovelas, como las canciones de los radios a todo volumen que poblaban San Blando, y los dados iban y venían a la hora del recreo, de mano en mano, porque alguien se lo tiene que decir y vaya qué suerte la mía, dijo tu amiga tan simpática que te lo presentó, tener que decírselo yo, y ojalá que no vaya a llorar, porque no aguanto a la gente llorona y te lo dijo.

—Ay, mani, ven acá, la verdad es que no te lo debería de decir, pero ¿sabes a quién vi ayer?, a tu amorcito, iba más bien acompañado, pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, y ese día no fue y el otro tampoco, y tú lo esperabas, aterrada, igual que tu vecina la virgen y mártir, y la mujer que siempre miraba al sol y que se convirtió en una pasita, aunque claro, lo tuyo era peor, porque tu familia era tan distinguida, y no tenías derecho, no, a infamarla, pero claro, tú eres de mala índole como tu madre, ya que rama que crece torcida no se puede enderezar, y de tal palo tal astilla, y casi violas al novio de tu hermana, y la bruja del pájaro macuá te lo advirtió, y un día él fue a buscarte, y te atreviste a decírselo...

—Vaya, ahora sí que la metimos —te dijo—. Yo tengo que terminar mis estudios y pensaba irme a especializar al extranjero, pero vamos a ver cómo lo arreglamos, amor, amada, amante, cómo arreglamos esto —y el tiempo pasaba, igual que a tu vecina.

Sí, Dios, qué silencio hay aquí. Como aquella vez que esperaste que él te llamara. ¿Te acuerdas cuando esperaste esa llamada que te salvaría? Y tú, en el gran pasillo de la casa de la tía de la capital que tenía un lugar especial para cada cosa, muy cerca del teléfono, esperando, y él, que no sonaba, aquella tarde que te quedaste esperando en el parque, frente a la iglesia, con el reloj mirándote, desde su campanario, sólo a ti, con la hora exacta, y el teléfono que nunca sonó, y allí estuviste toda la tarde. Te has

acicalado con detalle, tus ojos hermosos, grandes, tal vez demasiado grandes y te ves radiante, con las mejillas sonrosadas, que florecen hacia arriba, y esa tarde tuviste mucho miedo, sobre todo de aquel perro que se plantó frente a ti, como un árbol; porque eso era lo que te esperaba, un perro con sus ojos saltones y sus dientes listos para devorarte, allí en esa plaza que los samblandeños tan graciosos, llaman parque, con su estatua ecuestre, frente al kiosco con pilastras jónicas, y sus banquitos, y unos cuantos árboles rodeándolo y su iglesia, y sus faroles, allí en la capital, y con todo y todo te ves radiante, con tus mejillas sonrosadas que florecen hacia arriba, hacia la sonrisa, hacia los ojos que brillan, porque tal vez lo veas, porque te dijo que lo esperarás, que llegaría a las cinco en punto de la tarde y esperas. Él te ha dicho que estés allí, en la esquina de esa parte de la iglesia con su campanario y el reloj que marca siempre la misma hora, y allí estarás, con tus dieciocho radiantes años, acicalada, aunque a esa edad no se necesita de gran cosa para verse bien, y el reloj se ha estacionado y el perro cachetón te mira, allí cerca de ti, y los minutos son lentos, más lentos, lentísimos y tú, allí sentada, en la banquita, con tus lápices y tus cuadernos todos con tu nombre, y el perro que te mira con los ojos saltones, y los tuyos que brillan, pero ya estás cansada y no, te pareció que el reloj se había parado, pero ha dado la hora exacta y ha transcurrido el tiempo y tú estás allí, completamente sola, como llegaste al mundo, sin más ni más, sin mamá, sin papá, pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, sola como ese antepasado tuyo en el condominio de San Blando que no tiene cuándo, allí, aterrada. Todo es bello a esa edad, hasta la espera, y las mejillas van en descenso, bajando, bajando, y el reloj estático se ha movido hace rato y se han encendido los faroles, y no te levantas, estás como pegada a la banca, con tus ojos tristes y el calor, porque sí que sudas, y tú tan acicalada, tan bien arregladita, y tus mejillas bajan, bajan y ya tus ojos no brillan, y allí está ese perro tan feo, que te mira y te mira, con sus ojos saltones y sus cachetes que caen, abriendo la boca con terror,

pero tú también estás allí esperando, con tus mejillas hacia abajo, hacia abajo, con tus dieciocho años que no necesitan de gran cosa para ser bellos, salvo esta espera que te desampara en esta tarde de sol, igual que el teléfono que nunca sonó, y el perro de los ojos saltones y los cachetones que le caen, que te caen sobre la comisura de los labios, en esta espera en que se va la tarde con todo y sol y se encienden los faroles, porque así son las cosas de un tiempo a esta parte, amor, para siempre, y tú, muy cerca del teléfono, esperando y él que no, no sonaba y lo veías, y te acostaste a su lado, en ese pasillo tan largo que se iba oscureciendo con el caer de la tarde, allí, al lado del teléfono, concentrada, muy concentrada, con todo el silencio. Aprovechaste que no estaba la tía en la casa y allí estabas, esperando la llamada que nunca llegó, sólo la tía tan elegante, porque ella sí llegó.

—Y qué haces allí de pendeja, mirando el teléfono, ¿es que no tienes nada que hacer?—Y tu hermana, tan buena, tan linda, ella sí que ya se casó, y tú esperando siempre, con el perro igual a ti, con sus grandes dientes que te miran amenazantes, y la tristeza de tu mirada, y sí, amor, te ha tratado muy mal, dilo, la verdad, aunque él sabe que fue el primero, y allí te quedaste, esperando en la ciudad donde todas las luces rojas se encendieron de golpe, estáticas, muy quietas, todas de un rojo incandescente, como el fuego del infierno para siempre.

Sí, allí se dio el silencio en su dimensión más terrible, el terror te atrapó desmesurado y fui a su casa y lo esperé por horas, y horas y nada, no, no estaba, no llegaba, ni él, ni su padre, ni su madre, tan simpática con eso de un hijo sinvergüenza, y llamé por teléfono repetidamente y nunca nunca contestó y volvías a llamar y volvías a ir a su casa, por la noche después de tus estudios, y nada, no, no estaban, se habrían ido de viaje, y llegaron los exámenes finales y tenías que terminar la escuela, sí, ahora sí que estoy atrapada, pensaste, ahora sí que no tengo salida, como sé que aquí, en este ascensor no tengo nada que hacer, alguien tiene que venir y abrir la puerta, y ayudarme, y sé que alguien vendrá, algún día, y se acabarán esta sed y esta hambre para siempre, porque de eso sí que no te puedes quejar, amor amada, siempre estuviste bien alimentada en San Blando, con tus platos enormes de sopa de fideos con papa, y lo estuviste en la capital, en la ciudad de las luces rojas, y tu casa donde se ha organizado el trópico, con todo y lo flaquita que eras, y hasta llegaste a engordar, y en ese entonces engordaste más que nunca, porque tu cintura crecía, y tus senos crecían, y temías que se dieran cuenta en casa de tu tía, en esa ciudad donde las luces rojas se encendieron un día, y ¿me llamará?, y nones decían las barajas, nunca más, y preguntabas y volvías a preguntar y siempre ese cinco de espadas, insistente, que te anunciaba la negación de todo en ti, y empezaste a tropezar con los objetos que había a tu paso, todo, todo lo rompías, y comenzó a molestarte el sol, el sol te daba miedo, mucho mucho miedo,

un sol achicharrante, que te cocía las entrañas de terror pánico. Entonces sí que hubieras querido las tinieblas, ¡oh Dios!, estas tinieblas tranquilas y dulces como este ascensor en que se ha ido la luz, como el cuarto oscuro con la bruja trapeador y el Blacamán que tenía una sola mano y un solo ojo, y que te dio pastillas, y nada, nada de eso era tan terrible, y el cuarto en que dormías cuando eras niña y le tenías miedo a los ruidos, allí donde te quedabas sola, cocida por el pánico, “qué mal amor estás”, con esos sueños que te venían a visitar: Sí, en ese entonces amé las tinieblas, sólo podía soportar la luz de los faroles, del farol frente a la casa de él, con sus ojos brillantes que calmaron esa sed interminable, esa soledad. Y qué, queridita, no sabes que nacemos solos y morimos solos. ¡Cómo me molestaba el sol!, sólo la luz de los faroles, de ése frente a la casa de él, donde estuve mucho tiempo esperando, esperando y sintiendo que lo odiabas, sí, un odio profundo, y yo amaba las tinieblas y para él quería el sol eterno sobre sus ojos tan negros, como negra fue tu vida desde entonces, todos tus sueños y tus demonios, todo era nada frente al pavor que sentí, porque bien que te lo dijo la tía tan elegante de la capital, que hicieras de tu vida un tren, pero que para eso había esos supositorios... y no digas que no lo sabías, y no digas que no sabías lo que estabas haciendo, aunque claro, tú no sabes nada de nada, pero bien que se ...te advirtió... ¡Cómo amo la oscuridad!, ¡cómo me gusta estar aquí, en este ascensor donde nadie me ve!, ¡cómo me hubiera quedado en ese entonces, sin luz, como ahora, aquí en esta hermosa oscuridad! Pero no, no tuviste suerte, en aquella escuela no había ascensores. Tengo mucha sed. Pero me gusta estar aquí, en este silencio y esta oscuridad. Y niña, sí que estás gordita... Esa ya hizo las cositas malas, mírala, mírala, decían tus compañeras riéndose, riéndose, es que no se puede creer en nadie, la mosquita muerta, pero se acabaron las clases, por fin. El día del examen final pasaste nuevamente por la casa de sus padres que dijeron que tú eras distinta, mucho menos desenvuelta que las otras, y tú

creíste que te quería a ti, sólo a ti, porque creíste en las Rafaelas, y las muchachas llamadas Milagros, y las indomables, que todas metían la pata, y todas se casaban con el padre de sus hijos, todas, menos tú, porque te había pasado lo de tu vecina, virgen y mártir, y lo de la mujer con sus hijas del pecado, con quienes nunca debías hablar, porque no eran tus iguales. Y tu padre, en verdad, nunca supiste cómo fue la cosa, si quería o no quería a tu mamá, pero tú eras hija por fuera, y saliste a ella, demasiado extraña para ti, demasiado ocupada con sus muertos, sin oír tu voz, cuando eras niña y te llevaban a visitarla al condominio allá en el pueblo de San Blando, el pueblo de nunca jamás. Sí, ese día del examen final pasaste por su casa, y allí estaba él con ella, con la otra, con esa que era tonta, con La Reina que le coqueteaba a él y a otros, y tenía papá y mamá, y allí estaba en la terraza de la casa, celebrando todos juntos “materilerileló”, porque ese oficio sí que le iba a gustar. Allí estaba ella, muy arreglada, tan gordita como tú, más que tú, amor, tú no eras la única. Este hijo mío tan sinvergüenza, tan mujeriego, y allí está ella, La Reina con su padre y su madre, porque ella sí que no es la pobrecita huerfanita que no tiene ni padre ni madre, sí amor, ternura, sí, tranquila que no te haré daño, y tú podías verlo todo, aquella tarde en que ya se iba el sol, como un rayo ocre que pintaba el cielo inmenso, en colores, muchos colores, todos rojos, amor, amada, y el alzó la mano derecha, sí, no te haré daño, tranquila, y la pasó por la espalda de ella, y en su dedo anular brillaba un anillo redondo, de oro, y en el de ella también, que levantó su mano para tomar la de él que se le brindaba cariñosa, sí, en la mano de él un anillo redondo, dorado como el sol. ¡Cómo, cómo amaste las tinieblas!, cómo hubieras querido romper todas las lámparas, cómo hubieras querido destrozar el sol, cubrirlo con las manos, como lo habías hecho al creer que él te quería, amor, si tú eras muy fea, y muy mala, ya te lo dijo la tía que era como tu madre, tantas, tantas veces, y muy mal vestida, sin perfumes, pobrecita la huerfanita, y así, como una autómatas, tambaleante, (como una verdadera protagonista de las telenovelas)

te echaron a la calle a llorar tu desventura, te alejaste para siempre para siempre de allí con odio, con rabia, con dolor, después de tanto patear tacón por la misma acera cubierta de guayacanes desgajados, todos amarillos, brillantes, porque nunca pensaste que esto podría pasarte a ti, por tonta, nunca se te ocurrió preguntarle a las barajas si él se había casado, con sus pares y sus nones, nones y pares, y llegaste a tu casa que no era tu casa, sino la casa de la tía tan elegante de la capital, con el sol en la cabeza, encendiéndote, toda congestionada, con los ojos rojos, como ahora, de tanto llorar, como las luces que se encendieron todas, y lloraste, mucho, mucho, y caíste en un sopor, y sí, hubiera sido mejor estar aquí en esta oscuridad, que tanto amo, para siempre, y llegaste a casa de tu tía tan elegante como una autómatas, como *La Zulianita* y *La Salvaje*, pero ellas no eran de prosapia, de pura alcurnia como tu familia, tan distinguida, y usted qué tiene, usted está enferma, te dijo la criada tan buena, que supo antes que nadie, tal vez antes que tú lo que te pasaba.

—¿Por qué ha hecho esto, niña?, qué dirá la señora tan elegante, esto será muy duro para ella, y para toda su familia.

Y tú llorabas, desesperándote, repetidamente, cínicamente, como *Cristina*, “una mujer frente al mundo”, dispuesta a afrontarlo todo, a tener su hijo que sería médico, como el de la criada, como Albertico Limonta, el del *Derecho de Nacer*, y sería feliz, porque yo sí quería a mi hijito, igual que la empleada, que hoy tiene un marido, y mañana otro, porque un día ése se les va, y si acaso consigue que le reconozcan a su hijo, pero tú eres de otra clase, tu familia tan distinguida, tan gente, tu tía tan elegante con los sacrificios que ha hecho para lograr una posición, aquí en la ciudad, y tu familia, sí, tu familia que llegó en la Santa María, La Pinta, La Niña, no podías amor, amada, porque ya te lo habían dicho, que todas las mujeres de tu familia se habían casado, y tú has puesto una pica en flandes, porque eres la primera, la única, “qué mal amada estás”, porque claro, “rama torcida no se puede enderezar”, como te dijeron

siempre, y estuviste enferma por mucho tiempo, y llamaron a un médico, y vino tu tía tía que era como tu madre a ver qué era lo que te pasaba, la echaremos a la calle a llorar su desventura, porque claro, no te iban a dejar morir allí en la ciudad de las luces rojas, y fue cuando se supo todo, y te llevaron al hospital, a aquel hospital donde había enfermos comidos por la artritis que deformaban los huesos, la cara, la risa, las dentaduras una eternidad de huesos rotos donde se daban todos los números: la inyección, el termómetro a la hora, para la cama 504B, y las lavativas y los orinales, y el reloj que siempre marcaba las mismas horas, y fue cuando te dijeron que tus pecados eran perdonados, sí, un día ibas a morir, casi casi te trompetean al calvario, cuando creíste que la felicidad era posible. Tengo sed, tanta, tanta sed, ya no tengo hambre, pero la sed me agarrota la garganta, pero te salvaste de la muerte y te llevaron a San Blando que no tiene cuándo a esperar que tu hijo naciera, porque en la ciudad de las luces rojas hubiera sido terrible que las amistades de tu tía tan elegante lo supieran, y un pésimo ejemplo para tus primas, tan puras, tan señoritas, y fuiste a San Blando silenciosamente, porque pueblo chico infierno grande, y ya se vería qué se haría con tu hijo, porque de aborto, ni hablar. Tu tía beata, que iba ir al cielo dijo que era a un pecado agregar otro mayor, aunque tu tía tan elegante de la capital lo consideraba preferible.

—Así es que ya abriste las piernas —rió el tío siempre borracho—, y nadie quiso saber de ti. Había que jugar al escondido, que nadie lo supiera y cerraron todas las puertas y todas las ventanas y te llevaron a la casa de la finca, más allá de la casa de la bruja, cercada por unos hierros muy viejos que no servían para nada. Y te llevaron para que nadie viera que el diablo se te había metido en el cuerpo, y un rayo de luz entraba por la puerta de ese catafalco que fue tu cárcel, y tu familia muy indignada, una indignación callada, peor que todos los alaridos de todas las bombas y las hambres y las muertes que pueblan el

mundo, todos guardaron silencio, tu tía tan buena que era como tu madre, tu tía tan elegante de la capital, tu tío siempre borracho, todos guardaron silencio y tuvieron que comerse por tu culpa todos los barquitos de Colón: La Santa María en el que llegó tu más antiguo ancestro, La Pinta y La Niña, y la primera iglesia en Tierra Firme que ayudó a construir tu tatatatatarabuelo, y todo esto tuvieron que tragárselo, todo hubo que tragárselo y disimularlo, y la tía de la capital, tan elegante, tan fina, contribuyó enviando fajas para que te apretaras la barriga, no fuera que algún indiscreto aguaitara, en aquella casa de la finca, y estuviste encerrada, y sólo salías de noche. ¡Cómo amaba la oscuridad!, cómo amaba el silencio, igual que ahora, aunque no, allá en el pueblo nunca hay silencio: está el canto de los cocorrones, y el croar de los sapos, y la Silampa, y la Tulivieja, y el caballo de Victoriano que golpeaba las puertas, y las chorotecas que anunciaban que iba a llover, que ese verano interminable llegaba a su fin. Cómo amo este ascensor tan oscuro y tan alejado de todo, y sólo salías por la noche a caminar, porque el médico lo había recomendado así, para que el niño fuera fuerte, y ella, pobrecita, está tan débil, y tenías unas ojeras muy grandes, a lo mejor había que enterrarte viva, por mala, y tú tenías mucho miedo esperando, esperando a tu hijo que nadie debía ver, con todo que en la capital de San Blando premian el día de la madre, a las mujeres que más hijos traigan al mundo, sea como sea, fomentando la sinvergüenzura, como diría la tía elegante de la capital, pero a ti no se te premiaría por la gracia que habías hecho, con todo que por primera vez sentías que ibas a tener algo muy tuyo, porque claro, siempre está aquello del instinto maternal, porque tu ropa no era tu ropa, tu ropa era de remonta ya sin encajes de las primas, y tu casa de San Blando era de la tía que era como tu madre, y la casa de la ciudad de la tía tan elegante, y el padre de tu hijo era el marido de aquélla, de la otra, de la reina del baile, que él te dijo que era tonta, y que también iba a tener un hijo, pero con ella se casó, porque ella sí tenía padres muy elegantes y distinguidos y

tú, en cambio, sin duda, y él lo sabía, que estás allí, en la ciudad de las luces rojas, por pura casualidad, porque nadie te quería en ninguna parte. Sí, iba a tener algo muy mío, un niño con mamá, un niño con mirada de niño, como el hijo de la criada alla en la capital, tu hijo que te salvaría de las culpas, porque tener un hijo duele y el dolor purifica si se aguanta, y sentiste que te podías morir, y te desmayaste. Es varón, oíste en esa duermevela que te acompañó para siempre. Y no supiste más nada, pero no sé cómo pensaste que tu familia, tan honorable iba a tener a tu hijo del pecado en la casa, y lo oíste llorar, y te desmayaste de dolor, de placer, de alegría, pero por puro gusto, porque nunca lo llegaste a ver, como la protagonista de *Pasiones Encendidas* que no se dio cuenta de que tuvo mellizos, y se los arrebataron, pobrecita, igual que a ti. Pero tú nunca lo buscaste y quién sabe si está como el hijo de *Raquel* en un barrio brujo, mi hijo, dónde está mi hijo, y allí estaba ella, tu tía tía que era como tu madre, inalterable, majestuosa: tía, tía, dónde está mi hijo, y ella largó su mano veloz contra tu rostro, y no seas descarada, te dijo, ¡no grites! ¿De qué hijo estás hablando? ¿Dónde está mi hijo?, cómo creíste que te ibas a quedar con él, te dijo la tía tía que sólo deseaba tu bien. Sí, cómo creíste que tu hijo iba a estar contigo, cómo pensaste que ibas a criarlo, tan irresponsable, que no sabes lo que haces, que no sabes nada de nada, tan loca, cómo ibas a criarlo, cuando eres una cualquiera, como la familia de tu madre con quien tu padre nunca debió mezclarse, y dale gracias a Dios que a él, a tu padre se lo hemos ocultado todo, él no sabe nada de esto, ni una palabra, y nadie debe saberlo. Al menos tuviste cabeza y tu hijo te lo hizo un blanco, porque salió bien blanquito, al menos has mejorado la raza, porque si encima de todo hubieses metido la pata con un negro, la habrías hecho, pero al menos éste era un tipo blanco, fuerte, que tocaba guitarra y sería ingeniero con sus ojos negros, muy negros y ardientes, que te persiguieron para siempre en tu infierno. Tengo tanta sed y tanta hambre, estoy seca, y el niño con mirada de niño, como sería la mirada de tu hijo, también sin mamá, como tú, amor,

amada, que desgajándote creíste morir de dolor, ternura, el niño de la cara sucia que ensuciaba la tuya en ese cuarto plagado de sol, que te dio mucha sed, pero allí las cosas no estaban limpias, pero el niño te había besado y nunca antes te había besado nadie, mi niño querido, y te abrazas a tu cartera, y sí, tengo sed, duérmeme mi niño, tengo sed, tanta sed y tanta hambre, no soporto más la garganta seca, tan seca, ¡cómo duele!, ¡Dios mío!, tengo tanta sed, y se encharca las manos de sus propias humedades, y allí está la cucaracha voladora, muerta ya, para siempre, y se acerca las manos húmedas, y no, no puedo soportar ese sabor, ese olor... Y así para siempre esta sed y esta hambre te acompañarán. Un cigarrillo aplacaría el hambre, y te miras al espejo para ver si te reconoces, con la luz tenue que te da el encendedor, ahora que amas las tinieblas y el silencio, con tus ojeras magistrales como la mujer que miraba el sol, toda enmarañada, enredada, desgreñada, sí, amor, es bueno que llores, esto te hará sentir mejor, aliviará tus culpas, porque fuiste culpable, porque tienes que entender que nadie es igual a ti, que eres de los seres que nacen culpables para toda la vida, sí, llora, allí, ante el espejo, ese espejo viejo y descascarillado, como hacías cuando eras niña y no debías llorar delante de la gente, porque es mala educación, allí, delante del espejo, para hacerte compañía, así no eres tú la única que llora, es ella también, la mujer desgreñada, enmarañada del espejo, tan despelucada como la Tulivieja, con la cara muy arrugada, toda contraída y marchita, surcada por las lágrimas, destruida, envejecida, no, no puedo más, ahora sí que estás sola, ¡mi hijo, oh, Dios, dónde está mi hijo!, tu hijo blanquito, que te lo quitaron y que pudo ser médico y el padre, ese tipo a toda mecha que tocaba la guitarra y sería ingeniero y que se casó con otra.

Así, sentada, a lo largo, hasta donde quepas en este ascensor que parece una trampa, en donde apenas caben dos, este ascensor dañado, porque hace mucho se fue la luz y la luz no se va por tanto tanto tiempo. No sé si se ha ido la luz, y todo es posible,

amor, y te fuiste del campo al pueblo de San Blando donde se han escrito todas las historias y no moriste, como no morirás ahora, con tu marido, que no te ha dado hijos, ni los quiere, y tú, para qué quieres tener hijos, para qué si estás seca, si no amas a nadie, ni has amado nunca. Ni siquiera a mi hijo, y así tan campante te fuiste a San Blando a ser la criada de la casa, a cocinar, a barrer, a planchar, todo, todo lo hacías sin voluntad para nada, con todo que tenías un título de secretaria que tu tía tan elegante tuvo a bien ir a recoger a tu escuela, y enviártelo, y sin tú pedirlo, tan campante. Pero sería bueno que ganes dinero, dijo la tía que era como tu madre, hasta cuándo vas a estar así, de parásita haciéndote la loca, sin hacer nada, y fue por esto que te enviaron tu diploma, y después cuando te casaste, tu marido, tan simpático, con sus grandes zapatos de doble suela, te consiguió otro trabajo mejor, para que te realizaras y produjeras, tu marido con sus pisadas torpes sobre la alfombra, que pensaste que algún día podrían hacerte estremecer de emoción, de amor. Él, siempre tan complaciente, para Navidad y para tu cumpleaños te obsequia con tarjetas de crédito para que compres lo que quieras, eso sí, con organización, porque en tu casa todo está organizado, hasta el amor. Y tú, ahora sí, sin nada que hacer, con todo y todo, y ni siquiera piensas porque eso sí, nada de complicaciones, todo demasiado fácil para ti, con tu aparato de televisión sólo para ti, para que te entretengas, y con él, que todo lo sabe, todo lo conoce y que quiere por sobre todas las cosas estar tranquilo, y tú te sientes sola, demasiado sola a pesar del lavaplatos automático, y la refrigeradora que hace hielo sola, y se limpia sola, sólo con empujar un botón, y la televisión a colores, con los programas que tanto te gustaron desde niña, todo bien organizado, y ya a él le estaba cansando eso de verte allí echada todo el día y luego no lo dejas en paz y le interrumpes las mejores jugadas del béisbol, y además hay que pensar, pobrecita tú, que no sales a ninguna parte, ni siquiera al cine, porque es verdad que cuando él llega del trabajo está cansado, y pensó que si tú trabajaras

sería mejor para los dos, harías algo útil, y no lo interrumpirías en sus prograrnas favoritos, y el trabajo te mantendría ocupada, tan cansada como a él, porque claro, aunque nunca le has dicho, él piensa que a lo mejor te aburres, con todo que lo tienes todo, hasta una criada samblandehña que te ayuda a empujar los botones de todos los colores que adornan tu cocina, una criada samblandehña, tan simpática que te hace compañía, pero es bueno que trabajes para que no estés así sin hacer nada, y él mismo te consiguió el trabajo, porque tú qué va, qué ibas a conseguir si no sabes nada de nada, y eso mismo fue lo que pensó tu tía que hasta cuándo ibas a estar haciéndote la loca, es bueno que trabajes y ganes tu dinero y te compres tu ropa, así dejarías de usar esa ropa de remonta, que ya no recibirías más, porque tus primas tan buenas, tan puras, y tu tía tan elegante, pensaron que ya para qué, para qué más consideraciones contigo. Pero era difícil encontrar trabajo en San Blando que no tiene cuándo, y a la capital no ibas a ir. Tu tía, tan buena, sabía que allí te perderías para siempre, porque fuiste una mujer liviana, demasiado liviana, facilísima con los hombres, y es bueno que trabajes y no, no lo niegues, no digas que no, si le demostraste a tu tía que te quería como si fuera tu madre que eras así, muy fácil, que eras una perdida, queridita, y que allá en la ciudad de las luces rojas te perderías para siempre a pesar de las monjitas, a pesar de tu primera comunión, a pesar de los pesares, y si seguías así, sí que ibas a estar *forever and ever in hell*. Pero no encontrabas trabajo, no fue tan fácil como ahora, que tu marido te lo consiguió para que hicieras algo útil. Para él era fácil. Pero para los samblandehños sí que era difícil, porque son tan incompetentes, y tú tenías todas las malamañas de esa gente, pero en ese entonces siempre te pedían referencia en los lugares que ofrecían colocación y tú nunca habías hecho nada de nada, y no, yo sí quería trabajar, y muchos muchos samblandehños estaban sin trabajo, así como yo, porque eran unos vagos, que se pasan la vida haciéndose los locos, que sólo piensan en las cositas malas por culpa del trópico, y todo todo lo hacían con desorganización, por

inmoralotes, y no producen nada de nada. Ni para trabajar sirves, te dijo la tía tía y seguiste limpiando, planchando, cocinando, allí en San Blando que no tiene cuándo, donde un día se vinieron a llevar los hierros viejos que cercaban la casa de la bruja que ibas a visitar, a escondidas, por ti el amor, te ha salido el tres de bastos, y muy cerca del lugar donde tuviste tu hijo. Sí, llora, llora ahora. Pero no hice nada por buscarlo. Y allí encontraron, sí, ese año fue un año muy bueno para las cosechas y para los encuentros, y una tarde unos campesinos que labraban la tierra de tu familia encontraron unas ranitas de oro que tu tío siempre borracho dijo que eran una fortuna. Unas ranitas como la que llevas al cuello, que te regalaron el día de tu boda, porque en esa ocasión todos estaban contentos, hasta tú. Y un día, al fin, conseguiste trabajo, tu diploma no te servía de nada, porque no tenías experiencia, pero tu tío siempre borracho te consiguió el empleo, por poca plata, claro, pero qué más querías, ahora sí ibas a ganar, al menos para comprar tu ropa, porque hasta cuándo ibas a estar sin hacer nada planchando, cocinando, barriendo, lavando. Ninguna mujer de mi familia había tenido que trabajar en la calle, todas se casaban, así como tu hermana que era mejor que tú, se casó con el ingeniero que casi violas, porque definitivamente eras una loca, pero en tu honorable familia todas se casaban y las que no, pues eran como tu tía tía que era como tu madre tan buena, tan virtuosa, con olor a santidad y hasta a castidad, y que además tenía sus entraditas de esos terrenos que otros cultivaban, donde encontraron las ranitas de oro. Esas ranitas de oro que solucionaron la vida económica de toda tu familia para siempre, y empezaste a trabajar, al fin, con tu campante título de secretaria. Y fuiste donde tu jefe chiquito, flaco, amarillento, con los dientes atropellados hacia adelante frenando la lengua incontenible, que te miró como chinche que mira catre, y tuve miedo. Pero de qué ibas a tener miedo si ya sabías todo de todo, y eso se nota, y eso se lo olieron, como a la perrita de la casa donde vivía tu vecina que tuvo el hijo con el panadero casado, y una vez todos los perros de San Blando se

plantaron frente a esa casa, como árboles, esperando caer sobre su presa, y claro, era natural que el jefe lo notara, y te mirara como te miró, y esto te salvó, porque de una vez te dieron el trabajo, con todo y los muchos desocupados que esperaban, con el cuento de que con tu título de secretaria y que escribías a máquina, podías producir más, pero tuve miedo, mucho mucho miedo, tanto miedo, claro, pero no tuviste miedo en la ciudad de las luces rojas, allí sí que no ¡eh! Allí hasta te hicieron un hijo, sí, llora, llora todo lo que quieras, hacía tanto tiempo que no lo hacías, desde que te arrebataron a tu hijo, llora que eso te hace bien. Aunque entonces sólo lloré y las lágrimas no resuelven nada, y son símbolo de mala educación, así te lo enseñaron las monjitas y tu tía tía que era como tu madre, y tu tía tan elegante de la capital, y sí, tuviste suerte de que el jefe te vio con buenos ojos, y ahora iba a ser siempre así, y el tío siempre borracho vio a todos los perros de San Blando que no tiene cuándo, esperando a la perrita, y se moría de la risa, su risa estentórea de dientes carcomidos y los perros se la olieron. Y el jefe te daba mucho trabajo para que te quedaras después de las horas de oficina y tú, con mucho miedo, con terror, o sí, cómo, cómo amo la oscuridad y las tinieblas, y este ascensor donde he estado cocida por el pánico, tan sucio, viscoso, pero ya ni se siente así, ya ni se siente el olor a mí misma. Y tu jefe, con sus dientes atropellados hacia adelante, se acercaba a ti, y mira cómo me tienes, y tú, aterrada, sí, lo mismo que el novio de tu hermana, que casi violas, seguro que él sabe que tuviste un hijo, y claro, tonta, machete en el agua no deja señal, es que no sabes esto tampoco, si todo San Blando lo sabía, ¿cómo pensaste que no lo iban a saber?, por eso eras la empleada de la casa, y él se lo olió y quiso acostarte, como muchos querían hacerlo si se lo huelen. Tienes un pastelito rico, mamacita, si se te nota, y no, allí sí que no podías seguir, era preferible barrer, planchar, cocinar, lavar, y quedarte en la casa haciéndote la loca, y allá fuiste a parar. Y llegaste sin decir una palabra, para qué ibas a hacerlo, si después dirían que lo ibas a violar, al caballero... y allí en la casa estaba él, tan alto, muy alto, muy grande, con sus durables y redondos

zapatos de doble suela importados. Y tu tía que era como tu madre, habla que habla, sí, qué bueno que hayan ustedes venido hasta acá a llevarse esos hierros de la vieja zanja que afean este pueblo, y miren lo que hemos encontrado, ¿no es esto valioso?, y sacó las ranitas doradas.

—Claro que sí, esto es muy valioso ¿Se las han enseñado ustedes a alguien?

—No, porque figúrese, esta gente qué va a saber apreciar estas cosas, ya sabe lo ignorantes que son los samblandefios, que no son como ustedes que sí que lo saben todo, y nosotros queremos entregarle esto antes que el Estado se apodere de ellas y se las quieran llevar a la capital, porque allí se las roban.

—Pero se están haciendo leyes que no permiten sacar esto del país, y es bueno que nadie lo sepa.

—No, no, que nadie lo sepa.

—Nosotros podemos lograr que les paguen buen dinero por esto.

—Sí —dijo el tío siempre borracho—, tenemos entendido que ustedes tienen buenos contactos.

—Claro, claro que sí, pero esto pertenece a San Blando y nosotros podemos arreglar de tal modo que no sea una venta, sino un alquiler, les daremos una mensualidad, y así no hay riesgo. Por suerte esa ley todavía no ha sido aprobada y hay que aprovechar ahora, pero ya.

—Oye ve —dijo la tía tía—, entonces es mejor cerrar trato.

—Pero hay que seguir buscando más, esas ranitas son de tiempo inmemorial, antes de San Blando que no tiene cuándo, antes de todas las iglesias de Tierra Firme y los barquitos de Colón, antes de todas las historias de este pueblo de nunca jamás. Tendremos que quedarnos un tiempo y nos llevarán allá, a la finca a ver que encontramos.

Y se fueron y claro, seguía la tía habla que habla, es mejor que se las lleven ellos, a las ranitas de oro, total, aquí son unos ignorantes, nadie sabe nada de nada y ellos sí que lo saben todo.

Al día siguiente hiciste ver que ibas al trabajo, de donde te habían botado, decía el jefe que por incompetente. ¡Cómo Dios, cómo amo esta oscuridad!, este hermoso ascensor viejo, con su espejo descascarillado, en donde quisiera quedarme para siempre, y allí te quedaste, en el parque, sin hacer nada, matando el tiempo, esperando a que llegara la hora de irte a la casa, porque nadie debía saber que me había quedado sin trabajo, y allí te quedaste en aquel parque tan parecido al de la ciudad en donde una vez estuviste esperando, esperando con los ojos encendidos de sol, hasta que se fue la tarde y se encendieron todos los faroles, pero ahora era de día y no esperabas a nadie, sólo estabas allí, matando el tiempo, no fuera que te mataran a ti, en aquel parque frente a la iglesia, donde tantas veces fuiste al coro a cantar: “lo prometí, soy hija de María”, y a “purificar tu alma de toda malicia”, y llegó él, silencioso, con sus pisadas torpes que apenas sí sentiste, y entonces alzo la vista y lo miro, y él te mira igual que todos, igual que el jefe, igual que los que pasaban, sí, todo el mundo lo tenía que saber, con todo que se jugó el escondido, con todo que ya había pasado tanto tiempo, tú, con tu cara triste, porque estabas predestinada, porque los seres como yo están predestinados a la soledad, al as de bastos, al cinco de espadas y todas las espadas, con tus ojos grandes, muy grandes, tal vez demasiado enormes para mirar el mundo y entenderlo...

—No quieres enseñarme tu pueblo —me preguntó, así de simple, como simple parece el pueblo de San Blando. Pero yo estaba muy asombrada. ¡Cómo, Dios!, cómo hubiera querido estar aquí, igual que ahora, con todo y la sed y el hambre, con esta paz y este silencio y esta oscuridad que desde entonces amé, más que a nada, con todas las humedades del recuerdo de ti, de mí, de mi hijo. Pero qué podía hacer, sino disimular, y en eso pasó la tía, tan buena, que tanto hizo por ti, y te vio, que conversabas con él, con el extraño que acababas de conocer, pero no te dijo nada, aunque cuando llegaste a la casa se armó el escándalo, de verdad, no tienes compón, ya sabían además que

me había quedado sin trabajo, y no me dejó explicarle nada, del porqué me botaron, pero no, qué va, si no sirves para nada que no sea eso, ya sabía yo que no ibas a dar la talla, si no sabes nada de nada, tanta escuela para nada, y no vayas a llorar, ya eres una mujer de más de veinte años, y no has aprendido nada de nada, sólo has sabido meter la pata, y sí, es cierto, metiste el pie, creíste que ibas a tener suerte, ¡tú!, después el tío siempre borracho gritando que sí, que todo el mundo sabe lo que te pasó, a pesar de las fajas, a pesar de jugar al escondido allá en la casa de las ranitas de oro, a pesar de todo y oyeras, oyeras los comentarios que hacen de ti en la cantina, deberíamos dejarte aquí encerrada para siempre, pero la gente no olvida y te has cagado en la familia y tu jefe casi sesentón sin pelo, dice que eres una maricona, que no te gustan los hombres, hasta eso se dice de ti, hasta en la cantina hablan de ti, sí, allí tu jefe apergaminado dice horrores de ti, tu jefe amarillento y enjuto con sus dientes atropellados hacia adelante queriendo frenar su lengua y que te quiso llevar a la cama porque tenías un pastelito..., y yo te haría feliz, negra linda, y tú, asustada, devorada por el asco, no quisiste acostarte con él, y ahora él dice que no te gustan los hombres y habló de ti en la cantina, claro, dijo el tío siempre borracho, gritando, vociferando cada vez más con la lengua estropajosa, quién sabe qué le hiciste. Por supuesto, dijo la tía tan buena que era como tu madre, sabrá Dios qué coqueterías tuviste con él, pobrecito, y tú no podías, no podías, pero no sabes queridita que para ser mujer tienes que dárselo a quien te lo pida, si ya lo hiciste una vez y tuviste un hijo y te lo arrebataron sí, y ahora, ¡oh Dios!, sí llegué al último círculo del infierno para siempre, porque tenías que darle las gracias de que se casó contigo, tan desprestigiada como te lo dijo el tío, para hacer el amor sin amor, por costumbre, el mismo día, a la misma hora, siempre igual, él, que se casó contigo desde su gran altura, y el tío gritando, gritando y tú escuchando, siempre callada, porque rompiste con todas las leyes de San Blando que no tiene cuándo,

y todos oyeron a tu jefe embarrando tu nombre con su baba, claro, amor, amada, todos hablan de ti, señalándote, vigilando tus pasos, como el diablo de aquel cartel en donde decía eternidad y la eternidad era *forever and ever in hell*, como el diablo con todos sus nombres, todos vigilantes esperando caer sobre ti, tan buenota, vigilando tus pasos. Y cuando más se gritaba llegaron los hombres que se llevarían las ranitas de oro, y se tranquilizó el ambiente, ya que delante de los extraños hay que disimular, pero que por supuesto que también lo saben todo. Sí, llora, llora ahora, dijo la tía que era como tu madre, quién sabe en qué te pusiste con tu jefe, porque muy bien que te trató y te llevó a su oficina a trabajar con él, sí, llora, llora, pero no lloraba, si lo aceptabas todo sin rebeldía, porque me arrebataron a mi hijo. Y desde entonces no lloraste más, ya para qué, porque sí era culpable, y me fui a mi cuarto, sí, cómo quiero esta oscuridad, este ascensor que es como yo misma, porque aquí estás alejada de todo, porque naciste aterrorizada desde que lloraste por primera vez y le arrebataste la vida a tu madre, y tú allí, en la casa barre que te barre, barriendo siempre, y él llegó y te vio tan trabajadora, esto es lo bueno de las samblandeñas, pensó, son tan hacendosas, tan mujeres de su casa, y tan pechugoncitas, hay que ver como se mueve cuando barre, y también debe cocinar muy bien, por eso de que “si cocinas como caminas”, y lo han dicho, que son magníficas esposas estas samblandeñas de buena familia, y lo invitaron a cenar, y qué, no le ha gustado ninguna muchacha samblandeña, y tú, servías la mesa, y él, te miró sonriendo, ¿sabía él los horrores que dijo mi jefe flaco y calvo?, y pensé que era por eso que él, tan alto, muy alto, allí sentado, me miraba sonriendo. Bueno, hay una, dijo, y me fui a la cocina, y no supe más nada, pero luego que se fue, la tía que era como tu madre te dijo: vaya, tienes suerte, le has gustado al joven alto y rubio, tan diferente a todos los samblandeños, y con lo desprestigiada que estás, sería buena idea que te casaras, pero de verdad, tienes mucha suerte, porque no te mereces nada de nada y tú que no sabías si te querías casar

con él, aunque era tu salvación ¡Qué bien estoy aquí, en este ascensor, en medio de todas estas humedades de ti, de mí, de mi hijo!, y sería bueno que le hiciese caso, pero no lo querías, y tuviste el coraje de decirlo, que no, que no sabías si lo querías, pero cómo te atreviste, con todo que te trató bien, y te invitó formalmente a cenar, y te dijo que usted me gusta mucho, señorita, y yo con usted me casaría, porque es tan hacendosa, sobre todo cuando te vio barrer, cómo le gustaste, a pesar de tu pasado, sí, qué más querías, le gustabas a pesar de todo, de tu hijo sin padre, de que casi violas al novio de tu hermana, usted aquí no hace nada, yo gano mucho dinero y le gustará mi casa, allí cerca y lejos de la capital de las luces rojas, amarillas, verdes, donde un día todas fueron rojas, estáticas, muy quietas, y muy lejos de San Blando. Si, a él no le importa tu pasado, ni le interesa, vaya, te salvaste, pero tú no lo querías, ni lo quieres con todo y el carro de ocho cilindros, todo rojo, con *power steering*, *power brakes* y todos los poderes, a pesar de que donde vives se ha organizado el croar de los sapos y el canto de los cocorrones, y la Tulivieja no sale, la Tulivieja que también perdió a su hijo, como tú, y hasta el calor está refrigerado, y le preguntaste a tus barajas si debías casarte con él: pares, pares, pares, y fuiste donde la bruja del gato, con sus ojos verdes en la ventana, con un rayo de luz que se filtraba allá en las afueras del pueblo, a su casa cercada por los hierros muy viejos que se llevaron pedazo a pedazo, y allí, donde la bruja, pares, pares, pares, dijeron las barajas, y otra vez preguntaste lo mismo y siempre pares, y por tu porvenir el as de oros, al fin, cuando Napoleón iba a una batalla si le salía el as de oros, su triunfo era seguro. Pero no, tú no querías, y el habló con tu tío siempre borracho, y tu tío siempre borracho con su risa estentórea, estropajosa de dientes carcomidos habló con tu tía tía la solterona beata, tan buena, tan santa, que nunca te pegó, y los dos hablaron contigo y tú dijiste que no, que no sabías si lo querías, y cómo te atreviste, si nunca antes te habías atrevido, y esto está de mal en peor, cómo, cómo

se atreve, rugió la tía que es como tu madre, y el tío siempre borracho, vaya pal carajo, es que no sabes que aquí ya no te puedes quedar, el pueblo todo habla de ti, y tu jefe que dijo que no te gustaban los hombres, sí, el pueblo todo habla, y mira mijita, es bueno que lo sepas de una vez por todas, cuando una mujer ha tenido un hijo sin casarse debe tener un DE aunque sea un DE de mierda. Y gritó y vociferó, y mira tú, que pierda esta oportunidad, esto es mejor que un buen trabajo, y venir con la pendejada de que no sabe si le gusta, de que no sabe si lo quiere, vaya pal carajo, piensa lo que quieras, pero te casas. Sí, dijo la tía que fue como tu madre, y le devuelves el buen nombre a la familia, porque total, todas éstas que han metido la pata aquí en el pueblo no se han casado y tú te casarás. Sí, ahora lloras aquí en el suelo, enmohecida, encharcada, y te casaste con él y tuviste tu DE, llora sí, llora como lloraste el día que te quitaron a tu hijo, y el día que recibiste el beso del hijo de la empleada, con enorme ternura, esa sed de ternura que sienten *La Zulianita*, *Rafaela*, *La Indomable* y de ellas aprendiste bastante, y te casaste no como ellas con el padre de sus hijos, después de mucho luchar, sino con otro, con un hombre que no se interesó por tu pasado, y es natural que los samblandehños quieran ver lo que sacan de ti. Y sí, claro, tienes que reconocer que tenías que dejar San Blando, el pueblo que no tiene cuándo, donde nació tu hijo que te arrebataron para siempre y que nunca hiciste nada por encontrar, y que trataste de no recordar y con tu marido tan alto, rubio, dejaste San Blando por segunda vez, después de aquella boda rumbosa, donde fue invitado todo el pueblo, y hasta saliste en los periódicos, para que todos se enterasen de que cuando la rosada aurora acaricie el cielo de la mañana con sus dedos de nácar, una virtuosa y espiritual señorita, unirá su destino con un caballero llegado de muy lejos, cual príncipe en brioso corcel a “encender tus labios con un beso de amor”, y la iglesia ha sido decorada con flores blancas, como ese amanecer acariciado por la rosada aurora, y tu vestido blanco, muy blanco y nuevecito, escogido por tu novio, como al llegar a

tu nuevo hogar todo estaría ya organizado, todo en orden, todo nuevo, especial para ti que no tuviste que escoger nada de tu gusto, y sí, todo parecía muy bien, y atrás quedaban tu jefe apergaminado por la bilis, ya sin dientes, y el pueblo entero que se quedaba mirándote inquisitivo con Satán, Mefistófeles, Luzbel y todos los demonios. Lloras, como tenías tiempo de no llorar, aquí en este ascensor rodeada de tus propios desechos, en el suelo viscoso, herrumbroso, con el musgo que te crece en los brazos y en todo tu cuerpo, donde está la enorme cucaracha voladora, ya sin alas, que has estrujado más y más, amando cada vez más las tinieblas. Tú y tu sed de ternura, suave, tersa, como este musgo verde que te crece cada vez más en tus brazos, ya sin zapatos, sin camisa, casi desnuda, sin tus zapatos finos, importados, hechos a mano; tu automóvil con todos los poderes que manejas a grandes velocidades, con San Cristóbal allí, frente a ti, advirtiéndote que está a tu lado si vas a diez, veinte, treinta y hasta cuarenta millas, porque después de esto, *you are going by yourself*. Allí donde todo todo está organizado, muy organizado, hasta el amor, siempre igual, el amor con sus manos descomunales, sin ternura, aquellas otras manos dulces, que te tomaron una vez por la cintura y creíste que habías sido construida para ellas, aquel roce de los brazos sin querer, en aquel cine de barrio, muchos años atrás, que te llevaron a la desesperación, aquellas manos torpes que te acariciaban, que te acarician, así, sin más ni más, mientras se mira el juego de béisbol, todo siempre igual, como estás ahora viendo el techo que no miras, porque está muy oscuro aquí dentro, sí, todo organizado, hasta la ternura. Porque cómo creíste, amor, amada, sí, eres tonta, muy tonta, que él podría comprender y te le acercabas, es cierto, yo quería su ternura, sólo su ternura, pero el cree que sí que eres insaciable, claro, qué divertidas son las graciosas muchachas samblandañas, sólo piensan en eso, mientras mira el juego de béisbol, su programa favorito que interrumpes, y toma su cerveza en lata, importada, y no me hagas perder esta jugada, hay tiempo para todo, y no, no es eso, de verdad.

Pero él no lo cree así, y te hace el amor sin amor, por costumbre, siempre igual, el mismo día, a la misma hora, por costumbre, y luego se duerme profundamente, y no, nada, ni una palabra, sin besarte en la boca porque fumabas demasiado, y hueles mal, muy mal, ni una palabra, y te quedas sola, muy sola como las latas de cerveza vacías, allá en la sala frente al televisor. Ahora sí que estoy sola, en este mundo absolutamente tuyo, y el ascensor se ha movido, así de repente, se ha movido. —Oh, no, no quiero salir de aquí, sin mi hijo, sin mi madre extraña a mí, entretenida con sus muertos, allí encogida. en el suelo viscoso sucio, hediondo de sus propias humedades, con sus manos musgosas, sí, amor, tu tía tía la solterona beata que era como tu madre, muy vieja ya, lista para ir a unirse con sus muertos a ese condominio, allí en el pueblo que no tiene cuando. El ascensor baja, baja, así como se paró solo, anda solo, al menos eso te parece, ¡oh no, Dios mío, no!, déjame para siempre para siempre en este vestíbulo del infierno, y el tío siempre borracho que te dijo que debías de tener un DE aunque fuera un DE de mierda, y tu marido tan bueno a quien nunca le interesó tu pasado y que siempre que le vas a dar un beso te rechaza, porque está cansado, porque hoy no quiere, porque el juego de béisbol de los miércoles no se lo puede perder, para todo hay tiempo, un beso como quisieras dárselo a tu hijo, y me quedo allí, sola, muy sola, porque él no sabe que me habían arrebatado a mi hijo, ni lo supo jamás, para qué, el ascensor baja, y sí, nunca supe nada de nada, como los samblandehños, porque estuve cansada desde que fui al cuarto oscuro con el negro Blacamán dándome pastillas y la bruja trapeador, desde que dije aquella terrible palabra y fui una soplona, y no eras buena compañía para tus primos, desde que creí que ese muchacho tan alegre que sería ingeniero, con quien fui al cine, podía ser diferente conmigo, porque *nadie es igual a mí*, y metiste la pata y se adueñaron de ti y de San Blando todos los silencios que sólo fueron rotos por el llanto de mi hijo que rajó la noche con un ruido de faroles rotos. ¡Oh,Dios, no quiero salir de aquí!, con todo y la sed y el hambre y

la oscuridad, no quiero irme de aquí, con todo y este suelo viscoso, sucio de mi misma, sin aire ya, con todo y la mujer desgredada, enmarañada, toda despelucada que está aquí, conmigo, en el espejo viejo, descascarillado, muy cerca de mí, arrugada, contraída, marchita, con todo eso, con todo y la cucaracha voladora, que he destruido con mi cuerpo donde ha crecido el musgo suave y tierno con todas las humedades del recuerdo de ti, de mí, de mi hijo. No quiero salir, porque casi violo al novio de mi hermana y mi jefe bilioso con los dientes atropellados hacia adelante frenando su lengua incontenible quisiera dar sus últimos retozos conmigo, porque se olió que había metido la pata, como los perros de San Blando que no tiene cuándo estuvieron un día frente a la casa de mi vecina virgen y mártir esperando que la perrita saliera a la calle para caerle encima, porque claro, todo San Blando supo lo que habías hecho a pesar de haber jugado al escondido, y estaban todos vigilando tus pasos. El ascensor baja, baja, no, no quiero salir de aquí, oh Dios, con sed, con hambre, así mi amor, así, encogida, sin aire, con tus brazos en tu pecho, arrinconada, los ojos muy cerrados, de espaldas, no quiero ver esa puerta, ya no quiero que esa puerta se abra, tengo miedo, ya sin cartera, el ascensor baja, baja hacia el infierno, *forever and ever in hell*. ¿Qué decían las barajas la última vez? Ah, sí, ya recuerdo, por tu porvenir el matrimonio, ¡qué lindo! ¿verdad?, el amor de tu marido. Sólo la muerte es bella en mi porvenir, como me entregué plenamente a la idea de morir cuando iba a tener un hijo y creí que el amor era posible. La muerte vestida de escoba, porque para mí no hubo sol, ni fuerza para mirarlo de frente, sólo amé los faroles que alumbraban las calles con luz tenue, porque con todo y los demonios estaba condenada a este enorme y fálico mundo de San Blando, el pueblo de nunca jamás. Así, sin voluntad, porque nunca supe nada de nada, a pesar de todo, a pesar de que casi violo al novio de mi hermana, nunca supe nada de nada, nunca había sentido curiosidad a pesar de mi pecado nunca confesado, a pesar de que los perros tenían perritos y las gallinas

pollitos, a pesar de las hijas del pecado, a pesar de la mirada elocuente de mis compañeras del coro, a pesar de las cositas malas, yo no tenía curiosidad, limitada a los demás, sin fuerzas para vivir, ni para morir, y ese viejo antepasado que gritó una noche interminable en que se despertó entre otros muertos, porque los seres como yo estamos condenados desde nuestro nacimiento, sí, sólo quiero morir e integrarme a la tierra, al canto de los cocorrones, a las raíces de los guayacanes, a la lluvia que caía y caía en el vacío, y sentir su calor húmedo sobre mí, desde este ascensor en donde quiero morir sin más ni más, oh, sí, cómo quiero morir, y es que voy a morir, tranquila amor, pequeña, tranquila, nada te pasará, allí en ese condominio, demasiado extraña, sin oír tu voz, sí, mi amor, pequeña, dulzura, quieta, quietecita, como cuando estabas en la escuela con tu maletita y los cuadernos que ordenaron comprar todos con tu nombre, para hacer palotes, grandes palotes, tranquila, amor, pequeña, dulzura, quieta, muy quieta con tu cabecita casi casi sobre tus rodillas, así, quietecita, pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, quietecita, así como tu niño pequeñito que te arrebataron, qué lindas manitas que tengo yo, aquí, muy encogidas sobre tu pecho impúber. Sí, Dios, quiero este silencio para siempre, tal vez mi hijo estará en silencio, quiero las tinieblas para siempre, quieta amor, pequeña, ternura, quieta, duérmeme mi niña, duérmeme mi amor, el ascensor se ha parado y se oyen voces allá afuera, en el último círculo del infierno, donde tal vez te espera tu marido, tu enorme marido, tan alto, muy alto, muy grande con sus durables y redondos zapatos de doble suela, donde te espera una casa en donde todo está organizado, el croar de los sapos, el canto de los cocorrones, el llanto de la Tulivieja y los días para el amor, así, mi niña, sí, quietecita, muy encogida porque afuera me espera una fila de gente comprando mis desechos por litros, por botellas, por galones, porque me espera Satán escondido entre mis sábanas o en el baño, o Belcebú en las aguas del río, porque afuera me esperan encendidas, quietas estáticas, sólo para mí todas las luces

rojas, porque me espera San Blando que no tiene cuándo, el pueblo de nunca jamás, donde se han dado todas las historias, con la mujer que siempre miraba el sol y se volvió una pasita siempre mirando el sol y sus hijas del pecado y de donde un día partí con todos mis demonios y mis ángeles y mis miedos y mi enorme ignorancia y mis cantos a la virgen y la eternidad para siempre a mis espaldas, con mis muertos, sin oír mi voz, quiero quedarme aquí, en esta caja de metal, enterrada, entregándome por primera vez, infinitamente a la humedad de la lluvia, a las grandes raíces de aquellos guayacanes que se encendían todos los veranos, en la llanura de ese pueblo de nunca jamás, sólo quiero a la muerte en mi porvenir, ¡Dios!, hay una rendija y por ella se filtra un rayo de sol, se ha filtrado un rayo de luz por la mínima pequeñísima rendija de la puerta, un rayo tibio de sol de este amanecer más grande que todos los amaneceres, cálido como la ternura de un día, de minutos, la poca mínima ternura de un rayo de luz, de un gran rayo de luz que se filtra, es todo el sol sólo para mí que me espera desde todos los amaneceres que me llevarán hacia un mundo donde se darán todos los silencios que sólo serán rotos por el llanto de mi hijo.

